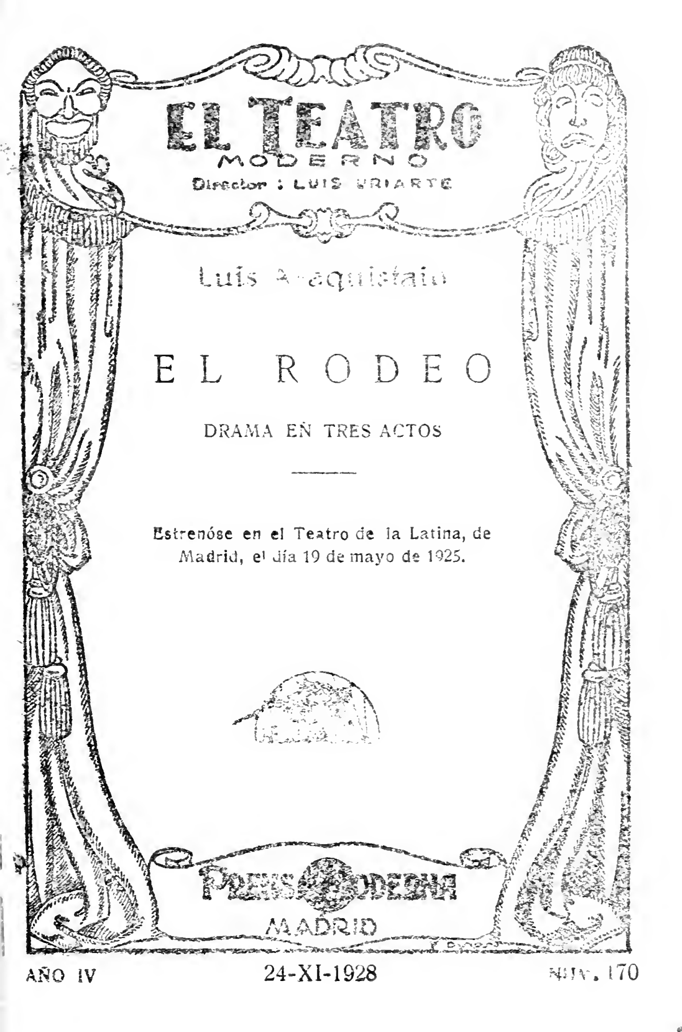


EL RODEO



EL TEATRO MODERNO

Director: LUIS URIARTE

Luis Araquistain

EL RODEO

DRAMA EN TRES ACTOS

Estrenóse en el Teatro de la Latina, de Madrid, el día 19 de mayo de 1925.

PRENSA MODERNA

MADRID

AÑO IV 24-XI-1928 NÚM. 170

PERSONAJES

ALVARO (padre de Genoveva).
MATILDE (madre de Genoveva).
GENOVEVA (esposa de Julián).
MARTA.
JULIAN.
DOCTOR CESPEDES.
DOMINGO (antiguo administrador).
FRANCISCA (ama de la casa).
HOMBRES DE PUEBLO.

La acción, en un pueblo castellano del Norte de España.

ACTO PRIMERO

Despacho de Julián en la casa solariega de los Montenegro. Al fondo, una ventana que da al jardín. Dos puertas a la izquierda, una a la derecha. Muebles claros, modernos. Planos y vistas de obras de ingeniería en las paredes. Junto a la ventana, a la derecha, una mesa de trabajo con papeles y libros, todo muy en orden, y un jarrón con flores frescas. Estantes con libros perfectamente colocados. Al otro lado de la ventana, un poco al centro, un diván con almohadones y una mesita sobre la cual se ve una lámpara portátil con pantalla verde, pipas, un bote de tabaco inglés y algunos libros. Primera hora de la tarde. Derecha e izquierda del actor.

ESCENA I

Genoveva; luego, *Francisca.*

GENOV. *(Entrando por la primera puerta de la izquierda.)* ¡Julián! ¡Julián!... *(Se asoma a la ventana del jardín con mirada escrutadora.)*

FRANC. *(Entra por la segunda puerta de la izquierda.)* Se fué hacia el molino.

GENOV. ¡Dichoso molino! No ha tenido tiempo ni para acabar de comer. Hubiera jurado que venía al despacho.

FRANC. Esa obra de la presa le está consumiendo. Si él no está en todo, nada se hace a derechas. Con razón se dice que el ojo del amo...

GENOV. Yo sí que me consumo, ama. Sola, siempre sola. El día se le va en la obra, y la noche, estudiando hasta las tantas. ¡Cómo aborrezco estas paredes y estos libros!

FRANC. Ya vendrán días de descanso cuando quede concluída la fábrica. Entonces todo él será para ti.

GENOV. No lo creas. Siempre habrá algo entre nos-

otros dos. *(Como hablando consigo misma.)* Aunque no le apartasen sus ocupaciones, no sé por qué se me figura que nunca será mío, completamente mío...

FRANC. Ganas de sufrir, niña. ¿Quién podría quitártelo?...

GENOV. *(Fijándose en las flores que hay sobre la mesa.)* Estas flores... ¿las pusiste tú, Francisca?

FRANC. Habrá sido Marta. Ya sabes lo cuidadosa que es.

GENOV. Me lo daba el corazón... ¡Siempre Marta!... Y ¿quién le manda a ella meterse en lo que no le importa?... *(Recorriendo la habitación con la vista.)* ¡Cómo se ve en todo su mano!... Si alguna de nosotras toca un objeto, se pone furioso. "Sólo Marta sabe dónde deben estar mis cosas. Que nadie más que ella las arregle", suele gritar cada vez que alguien mueve un papel.

FRANC. ¿Y eso te choca, criatura? Marta tuvo siempre afición a los libros, y algo debe saber de cuidarlos.

GENOV. No, no; no es eso. ¿Qué le interesan a Marta estos librotes de ingeniería? Sólo le importan porque son de Julián. Los cuida porque los han tocado sus manos y los han leído sus ojos. *(Fijándose en la mesita y en el diván.)* Aquí lee de noche... Mira todos estos almohadones qué mullidos... Fíjate qué ordenadas y limpias sus cosas de fumar... *(Con mano brusca los cambia de lugar.)* Y esta pantalla, que le hizo Marta a poco de casarnos... "Tienes que cuidar de la vista", le dijo. *(Cogiéndola y arrojándola al suelo con violencia.)* ¡Toma!... *(Se lleva una mano al costado, con expresión de dolor, y se sienta en el diván, extenuada.)*

FRANC. *(Pasándole la mano por el cabello.)* Cálmate, nena. Ya sabes lo que te tiene dicho el médico. Nada de disgustos. ¿Para qué afligirte? Marta y Julián se quieren como hermanos.

GENOV. Eres demasiado confiada, Francisca. El cariño

entre hermanos es otra cosa. ¿Estás ciega para no ver que Marta sólo vive para Julián, y que él se deja mimar por esta ternura que Marta pone en cuanto le rodea?

FRANC. *(Recoge la pantalla y la coloca sobre la lámpara.)* Jamás les he oído ni visto nada que no sea como Dios manda.

GENOV. ¡Qué simple eres, Francisca!... Demasiado sé que Marta apenas se atreve a levantar los ojos delante de él. Pero ¿crees tú que eso ocurre entre hermanos?

FRANC. Imaginaciones tuyas. Pero aunque así fuese... y no lo es, no; aunque así fuese, Julián es un hombre honrado, y te quiere...

GENOV. No sé si me quiere, o me tiene lástima... No tengo sobre él ningún ascendiente. En cambio, Marta... Si algún día venciera su poquedad y le diera el menor pie... ¡Sólo el pensarlo me horroriza!

FRANC. ¡Y vuelta a imaginarte lo imposible!... Marta te quiere y respeta como a una hermana.

GENOV. ¡No digas que es mi hermana esa intrusa! No me ha querido jamás; me ha envidiado siempre. Quiso llevarse a Julián, y no me ha perdonado ni me perdonará en su vida que yo me lo llevara. ¡No estaré tranquila hasta que esa mujer haya salido de aquí!

FRANC. No seas dura de corazón, Genoveva. ¿Qué culpa tiene la pobre?... Ofendes a Dios con esos pensamientos.

GENOV. ¡Que El me perdone!... Tienes razón; a veces no sé lo que me digo. ¡Pero sufro tanto, ama! Yo tampoco tengo la culpa de querer tanto a Julián... ¡Algunos días quisiera que el mundo se acabase para acabar también de sufrir! Otros, me acuerdo de mis tiempos de niña... Aquellos años de inocencia, cuando tú me mecías en tu halda, mientras me contabas algún cuento, que concluía siempre con la felicidad de todos...

FRANC. *(Acariciándole cabeza y rostro.)* Cuando tú

me pedías el cuento del príncipe que se enamoraba de la pastora...

GENOV. Y yo me dormía en tus brazos, soñando que era la pastora feliz...

FRANC. ¡Pobre niña, pobre niña!... *(Pausa. Dos golpes en la puerta de la derecha.)*

ESCENA II

Genoveva, Francisca y *Domingo.*

GENOV. *(Levantándose.)* ¿Llaman? *(Pausa. Otro golpe en la puerta.)* ¡Adelante!

DOMIN. *(Entrando, con el sombrero en la mano.)* Con licencia... Buenas tardes. Venía en busca de Julián...

GENOV. Está en la obra. Si te corre prisa verle...

DOMIN. ¡Tanto como correrme prisa...! Pero las diferencias, si no se zanjan pronto, sólo aprovechan a los picapleitos. Quería hablarle del asunto de las lindes, que hace tiempo nos trae a mal traer. Ya sabe la señorita Genoveva que no soy hombre de enredos; pero con esto de no saber dónde está lo de cada uno, no se gana para daños y molestias...

GENOV. Nada sé ni entiendo. En la presa le encontrarás.

DOMIN. Mejor hubiera querido hablarle aquí, entre estas cuatro paredes. Comí temprano y me dije: todavía estará en casa... Allí podremos conversar mano a mano, sin que nos escuchen los peones de la obra... Son curiosos como comadres. ¿Qué se le importa a nadie de los negocios ajenos?... ¡Y para acá me vine!

FRANC. Ya lo oíste, Domingo. El amo está en la obra.

DOMIN. *(Con retintín.)* ¡El amo!... Para mí no hay más que un amo, sin desprecio para Julián... Ya sabe la señorita que siempre fuí un perro para don Alvaro...

GENOV. *(Impaciente.)* Perdona, Domingo; pero nunca me interesaron las jaurías de mi padre... Vuelvo a decirte que Julián está en la obra...

DOMIN. *(Dando vueltas al sombrero.)* Allá iré... No hubiera entrado de estar seguro que Julián había salido. Aunque, la verdad, ya barrunté por el camino que acaso no estuviese en casa...

GENOV. ¿Por qué?

DOMIN. Lo adiviné por el vuelo de una paloma...

GENOV. ¿Por el vuelo de una paloma?

DOMIN. Es un decir... De lejos vi que Marta iba hacia la presa...

FRANC. Marta suele ir todas las tardes a casa del capataz, que tiene un niño con calenturas. Es el mismo camino...

DOMIN. Es el mismo camino hasta la fuente del nogal; pero allí se toma a la izquierda para la presa, y a la derecha para la casa del capataz. Marta echó por la izquierda...

GENOV. ¿Y por eso pensaste que Julián estaba en la obra?

DOMIN. Como ella es... ¿Cómo se dice? Justo. Algo así como su secretaria... ¡Si hasta corre por ahí que ella le lleva las cuentas de los jornales!... *(Mirando a Francisca.)* Acaso por eso, muchas tardes sale con intención de ir a casa del capataz, y luego toma para la presa... Por las trazas, también a Julián le preocupa la salud del niño. Algunas tardes se llega a verle. Y lo que es la casualidad: siempre que él va, también está allí Marta...

FRANC. ¡Habladurías de gente desocupada!

DOMIN. Claro que la gente ve un cerro donde apenas hay un puñado de tierra...

GENOV. *(Haciendo esfuerzos por dominarse.)* La gente suele ver visiones, Domingo... Montañas donde no hay ni un grano de realidad... Recuerda lo que dijeron de ti en tiempos: que remataste a tu mujer a palos.

DOMIN. ¡Calumnias! Pero yo no creo una palabra de lo que por ahí corre de Julián y Marta. Que ella le ayuda a hacer números, santo y bueno, no tiene nada de particular; que siempre fué muy lista. Pero otra cosa...

GENOV. *(Cediendo a la insidia.)* ¿Qué otra cosa? Pero ¿es que se dice algo más de nosotros?

DOMIN. De la señorita Genoveva, ni esto. A lo más, a lo más, que es una santa, por la paciencia que tiene...

GENOV. ¿Paciencia para qué?

DOMIN. Para todo. Para sus padecimientos; lo que se dice para todo...

FRANC. *(Intencionada.)* Luego se dirá que las víboras sólo muerden cuando se las pisa...

GENOV. *(Cuya excitación crece por momentos.)* Pero ¿qué corre de Julián y Marta?

DOMIN. *(Vacilante.)* Real y verdaderamente, nada. Suposiciones. Que Marta debe de ser de otra madera que las demás mujeres y de mucha conformidad para haber olvidado que Julián fué novio suyo tantos años y que luego se casó con la señorita. La gente se hace cruces de verla tan contenta con su suerte... Pero lo que yo les digo: no hagáis caso. Aquellos amores fueron cosa de niños. El corazón de Marta no sabe todavía lo que es querer a un hombre...

FRANC. ¿Y vas a ser tú el primero? Todo el pueblo sabe ya que la rondas... ¡A la vejez, viruelas!

DOMIN. *(Insolente.)* ¡Quién habla! ¿Qué sabe una vieja de estas cosas?... No es porque yo lo diga; pero mis cincuenta años nada tienen que envidiar a un mozo de veinticinco. Viudo, sin hijos, con un buen pasar... ¿Qué más puede pedir una mujer como Marta? Otras de mejor historia verían el cielo abierto... Pero yo, con tal de volver a esta casa, aunque sea por una mala puerta, pasaría por todo. No en balde la serví honradamente tantos años, hasta que vino Julián...

GENOV. No sabía que tus pensamientos fueran tan firmes. *(Anhelante.)* Pero ¿y Marta?

DOMIN. ¿Ve usted que es una cordera con todos? Pues conmigo es peor que una loba. No deja ni que me acerque... Esto es lo que más me hace cavilar. Las murmuraciones de la gente me entran

por un oído y me salen por otro. Pero estos desprecios de Marta... A ratos pienso si aquel noviazgo de chicos no echaría raíces...

GENOV. *(En una explosión.)* ¡Calla, calla, mal hombre! ¡Tu veneno me quema la sangre! ¿Por qué viniste? ¿Por qué te he oído? ¿Por qué no te has marchado ya?...

FRANC. Bien se adivinaba que el reptil no se iría sin clavar el aguijón...

DOMIN. Perdone la señorita si he dicho algo fuera de lo justo... Créame que no ha habido mala voluntad...

GENOV. ¡Vete, vete!...

DOMIN. *(Retirándose, después de vacilar un momento.)* Si la señorita quisiera hablar por mí a Marta... *(Genoveva golpea impaciente el suelo con el pie.)* Nos convendría mucho a los dos... A todos, créamelo... *(Pausa.)* Sin contar los intereses de esta casa... *(Sale. Pausa.)*

ESCENA III

Genoveva, Francisca.

GENOV. Ya lo has oído; no sólo es él: todo el pueblo murmura. Todo el mundo sabe lo que aquí pasa mejor que yo.

FRANC. Son invenciones de ése... Hace falta haber perdido toda la vergüenza para venir con semejantes habladurías a esta casa. Se llevó de ella todo lo que pudo cuando la administraba, y todavía dice que la sirvió honradamente. ¡Pues si no llega a ser honrado!...

GENOV. ¡Parece resentido!...

FRANC. ¡Pero si lo saben hasta los perros! Cuando le despidió Julián para que no acabase de arruinarnos, fué jurándolo por todas partes: o volvería a ser el verdadero amo de esta casa, o no dejaría de ella sillar sobre sillar. ¡Mira que litigar con vosotros, que le hicisteis hombre, y por unas tierras que le compró a tu padre con el dinero que le iba robando!... ¡Vivir para ver!

¡No parará hasta dejaros en la calle!

GENOV. Pero entonces, ¿crees tú que el querer casarse con Marta...?

FRANC. ¡Tate! ¿No se lo oíste? Esa es la única puerta para volver a entrar en esta casa. Si se le cierra, va diciendo por ahí que él llamará a todas las del Juzgado. Pero ¿no comprendiste a lo que vino? A sembrar cizaña entre Marta y tú para que le ayudes al casorio...

GENOV. *(Reflexionando.)* Bien pensado, no sé si estuve demasiado dura con él...

FRANC. Todo es poco para ese intrigante.

GENOV. Acaso exageras, Francisca. ¿Quién te dice que es sólo un hombre codicioso? Treinta años de vida en esta casa pudieron acostumbrarle a quererla. El interés se mezcla muchas veces con sentimientos más elevados.

FRANC. ¡Eso me faltaba oír! Que tú defiendas a ese bribón... Pronto picaste en el anzuelo... Pero yo te juro que Marta no se lo tragará tan de buenas a primeras...

GENOV. Es hombre influyente, mal enemigo. Mi padre aborrece las desavenencias, y Julián tiene bastante con sus dichosas obras para andar en idas y venidas por el Juzgado. Y Marta, ¿qué más puede desear? Es poca cosa para un hombre de posición, y tiene muchas pretensiones para conformarse con un pobrete del pueblo. No; realmente, si bien se mira, Domingo no es un partido que se presenta todos los días.

FRANC. ¡No la convencerás! Le odia porque le conoce mejor que tú.

GENOV. *(Exaltándose de nuevo.)* ¡Pues tendrá que sacrificarse o salir de esta casa! Por nuestros intereses, por nuestro buen nombre, por todo... No es natural que siga aquí como hasta ahora. Cada mujer necesita su hombre. Además, se murmura, se nos muerde por la espalda. Y yo sufro, sufro lo indecible, ama. De otra mujer no sé si me importaría; ¡pero de ella, de ella!...

¡De una recogida por caridad!... ¡Nunca, nunca!

FRANC. *(Yendo a la ventana.)* Te ciega el orgullo, muchacha. ¡Qué desgracia, Dios mío!... *(Pausa.)* Ahí viene...

GENOV. ¿Marta? Dile que necesito hablarla ahora mismo.

FRANC. ¿Vas a regañarla?

GENOV. Anda ya, antes de que suba a su cuarto.

FRANC. Tenla lástima. Piensa que no es culpa suya... *(Sale por la segunda puerta de la izquierda.)*

ESCENA IV

Genoveva, Marta.

(Genoveva rápidamente ordena los objetos de fumar como estaban antes.)

MART. *(Entrando por la izquierda, y deteniéndose en la puerta.)* ¿Me llamabas?

GENOV. *(Sarcástica.)* No te detengas en la puerta, mujer; que bien sabes las entradas de la habitación. *(Entra Marta.)* Precisamente porque te es tan familiar, quiero que hablemos aquí para que estés más a tus anchas...

MART. *(Irónicamente.)* Puedes empezar cuando quieras.

GENOV. Ya había empezado. Seguiré... Dime, ante todo: ¿mejora el niño del capataz?...

MART. Ayer seguía lo mismo. Hoy no he estado a verle.

GENOV. ¡Ah! Creí que venías de su casa, como todas las tardes...

MART. Vengo de la obra.

GENOV. De modo que ni siquiera lo ocultas...

MART. ¿Por qué he de ocultarlo? No es ningún crimen. Fuí a llevarle a Julián el cuaderno de notas, que se dejó olvidado sobre la chimenea del comedor. Lo necesita a cada momento.

GENOV. ¡Lo necesita a cada momento!... Veo que estás al corriente de sus necesidades... Pero ¿estás segura de que su olvido fué... involuntario?

MART. ¿Qué quieres decir?

GENOV. Quiero decir lo que tú comprendes muy bien. Que no estoy dispuesta a tolerar que continúe este escándalo. El pueblo entero sabe que os véis todos los días, unas veces en la presa, otras en casa del capataz. Claro, aquí, en la nuestra, hay ojos menos complacientes...

MART. *(Confusa.)* ¿Quién te ha dicho eso? Juraría que ha sido ese infame de Domingo. Me dió un vuelco el corazón cuando vi que salía del jardín. ¡Y sus ojos, cuando pasó a mi lado, qué risa de maldad tenían! ¡Bien se quiere vengar de mis desprecios!...

GENOV. ¡Si sólo fuera Domingo! Es todo el mundo... Pero yo no necesito que me lo diga nadie. Lo estoy viendo con mis propios ojos. No me creáis tan ciega. Los cuidados que tienes para Julián, ¿qué son más que zalamerías sin palabra? Dí que no has dejado de quererle.

MART. Le quiero como tú le querrías si se hubiera casado conmigo. Como de la familia. ¿Por qué había de aborrecerle?

GENOV. ¡Por lo mismo que yo le aborrecería si le hubiera querido como tú y me hubiera hecho traición casándose contigo! Eso era lo natural... Pero tú no has renunciado a él. Aguardas a que algún día vuelva a ti, o a que yo no tarde en dejártelo...

MART. *(Cubriéndose el rostro con las manos.)* ¡Calla, calla! No digas tales horrores...

GENOV. ¿Te aterra la verdad?... ¡Pues has de oírmela! Harto he sufrido en silencio... Sí, tú ves que mi vida está amenazada. ¿Te figuras que no lo sé? De poco sirven los piadosos embustes de médicos y parientes. El dolor tiene oídos que atraviesan paredes y conciencias... Sé que este mal que me consume me matará pronto, si no me lo operan, y si me lo operan, no será menor el peligro. Y tú estás enterada mejor que yo, y esperas que te devuelva la muerte lo que te quitó la vida...

MART. ¡Por favor, Genoveva, calla, calla! ¡Es monstruoso lo que dices!

GENOV. Ya sé que Julián se casó sin cariño. Te quería a ti, pero nuestro abolengo y lo que aún quedaba de nuestra fortuna...

MART. ¿Cómo puedes pensar esa infamia de Julián?

GENOV. No es infamia. Es nuestra naturaleza. ¿Cuántos sacrifican los bienes de la vida a un sentimiento desinteresado? Muy pocos. A mí no me importó el egoísmo de Julián. De un modo u otro, todos buscamos nuestro bien... "Yo le ganaré—me decía—, yo le conquistaré poco a poco, con mi ternura y mi abnegación. Con el tiempo, tendrá que quererme..." A estas horas, si tú no hubieras estado por medio, si no hubieras luchado contra mí en la sombra, si no hubieras ido deshaciendo día a día lo que yo levantaba con tanto trabajo...

MART. Te digo que te equivocas, Genoveva. Yo no espero nada. Renuncié a Julián desde el momento en que os casasteis...

GENOV. La que te has equivocado eres tú, Marta. ¡Quiero vivir! ¿Lo entiendes? ¡Vivir, vivir! ¡Sola con él!... Y tú debes buscar otro camino a tu vida...

MART. Para mí no hay más que un camino. Me he resignado a todo. ¿Qué remedio me quedaba? Sólo quiero que seáis felices y que me dejéis vivir en un rincón de esta casa...

GENOV. Pero ¿cómo quieres que pueda haber felicidad si eres tú quien me la quita? A veces creo que hasta el no haber tenido hijos, a ti sola se debe; ¡sí, a ti sola! Que hasta en eso me has robado tú el pensamiento de Julián... Si lo hubiera puesto en mí, sólo en mí...

MART. Estás loca, loca, Genoveva. ¿Qué no haría yo por convencerte de tu injusticia?

GENOV. Si realmente lo deseas, poco esfuerzo te costaría...

MART. No quiero otra cosa.

GENOV. ¡Pues hazlo!

MART. ¿El qué?

GENOV. *(Tras una pausa.)* Hay un hombre que te quiere. No es un niño, pero tampoco es viejo. Ni millonario, pero tampoco tan pobre que no tenga donde caerse muerto...

MART. ¿Y se llama?

GENOV. Demasiado lo adivinas... Domingo.

MART. ¡Antes la muerte! Detesto a ese hombre, por tosco y por malvado. Poco soy; pero no tanto, que pueda comprarme ese gañán con lo que arrebañó en esta casa. Sin contar que traerle a la familia sería como meter un hurón en una conejera. Se haría el dueño y señor de todo, y no acabaría hasta echar a Julián. Con lo que le aborrece...

GENOV. No te preocupes de eso. No necesita mi marido que tú le defiendas...

MART. Es inútil, Genoveva. Ni con ése ni con nadie. Aquí no había más hombre que Julián. Fuimos amigos desde la infancia, y hasta algún día, es verdad, hablamos de casarnos. Pero tú pusiste los ojos en él, y te lo llevaste. Yo no podía nada contigo. Para mí se acabaron los hombres...

GENOV. Es que sigues queriéndole como antes...

MART. ¡Te digo que no y que no!... Ahora le quiero de otra manera. Julián ha sido siempre como un extraño en esta casa. Tu madre jamás pudo verle, porque venía de una cuna humilde. Padre no se ocupa más que de sus perros de caza y de sus partidas de tresillo. Tú misma acabas de decir que no le creíste desinteresado. Todo aquí es frío para él... En tu mismo cariño hay cierta frialdad orgullosa. El aire de la casa puede más que tu corazón...

GENOV. ¿También pretenderás administrar mis sentimientos?

MART. Bien sabes que nada pretendo. Sólo quiero que Julián sea feliz en esta casa. Por eso pongo en sus cosas un poco del calor que los demás le niegan, y él me lo agradece. Eso es todo.

GENOV. *(Mordaz.)* ¿Nada más que agradecértelo?

MART. *(Decidida.)* Llámalo como gustes. Si quieres, di que corresponde a la lástima que le tengo... Yo también soy aquí una extraña. Nunca supe cuál era mi condición, si pertenecía a la familia o a la servidumbre. Ni tú ni tu madre me habéis querido nunca, y si padre me recogió al morir mi madre, más fué por conciencia que por cariño... Julián ve mi soledad, como yo veo la suya, y me compadece, como yo le compadezco. No hay otro alcance en su afecto ni en el mío. *(Se levanta.)*

GENOV. *(Levantándose también.)* ¿Has terminado?... Yo tengo aún que decirte algo: que si tan a disgusto estás en esta casa, ancha es la puerta...

MART. ¿Crees que no lo he pensado más de una vez? Pero ¿adónde ir? No tengo a nadie. Y nada me enseñaron a hacer para ganarme la vida...

GENOV. Eso es cosa tuya. Pero en esta casa sobramos una de las dos...

MART. *(A punto de llorar.)* ¿Me echas?

GENOV. *(Levantando la voz.)* Si no te vas tú, nos iremos Julián y yo, lejos, lejos, donde nadie nos estorbe, donde podamos ser felices, solos, solos, solos...

MART. Pero Julián no querrá marcharse de aquí; no podrá dejar estas obras, en que ha puesto toda su vida...

GENOV. *(Gritando.)* ¡Entonces, vete tú, vete, vete!... ¡Bastante me has hecho padecer!...

MART. *(Sollozando.)* ¡Me echan, Dios mío, me echan! *(Sale por la segunda puerta de la izquierda.)*

GENOV. *(Siguiéndola con sus palabras.)* No te echa nadie, ¿lo oyes? ¡Te vas tú sola, porque reconoces que no hay otro remedio!...

ESCENA V

Genoveva, Alvaro, Matilde.

MATIL. *(Entrando por la primera puerta de la izquierda.)* ¿Qué voces eran ésas?

ALVAR. *(Siguiéndola.)* ¡Que siempre hayáis de estar

riñendo!... No hay modo de dar dos cabezadas después de la comida...

GENOV. Marta ha decidido dejarnos...

ALVAR. ¿Cómo?... ¿Dejarnos? ¿Y por qué?

GENOV. Comprende que ella y yo no podemos vivir bajo el mismo techo. Si ella no se marchase, nos iríamos Julián y yo.

MATIL. Hace tiempo que debió haberse ido.

ALVAR. Pero ¿qué estáis diciendo? ¿Quién habla de irse nadie? Julián se debe a las obras que ha empezado. ¿Y qué es eso de que tú y Marta sois incompatible? ¿Lo habéis sido hasta ahora?... Tonterías, nervios... Todos tenemos nuestro carácter; pero no por eso va a deshacerse una familia... Decid que entre todos os habéis propuesto amargarme lo que me queda de vida.

GENOV. Hay algo más que diferencias de carácter. Mamá sabe lo que ocurre.

ALVAR. Está visto que yo he de ser siempre el último en enterarse de todo. Me tratáis como a un trasto... Pero habla: ¿qué es lo que ocurre?

GENOV. Mamá te lo contará. Yo no podría... *(Sale por la derecha al jardín.)*

ESCENA VI

Matilde y Alvaro.

ALVAR. ¿Tan grave es que hace falta decírmelo por delegación?

MATIL. Hay pudores que una mujer no puede evitar delante de un hombre, así sea su padre.

ALVAR. *(Jocoso.)* ¡Me alarmas, querida!

MATIL. No es para alarmarse, pero tampoco para tomarlo por la ligera. Te lo diré sin circunloquios. Genoveva está celosa de Marta; lo sé desde ha tiempo. Ni come ni duerme: no vive...

ALVAR. ¡Bah! ¿Eso es todo? No le falta a quien parecerse... Aunque en esto todas os parecéis. Una mujer sin celos es como una madre sin

ternura, una primavera sin flores, un contrasentido de la naturaleza...

MATIL. No estoy ahora para porfías. Bastante hemos discutido eso en nuestros veintiocho años de matrimonio.

ALVAR. Más lo hemos vivido.

MATIL. Como quieras. Lo cierto es que esos celos están matando a Genoveva. Cada vez son más frecuentes sus accesos...

ALVAR. Si los celos mataran a las mujeres, hace tiempo que hubiera desaparecido la humanidad... Aleja a Marta, y Genoveva seguirá teniendo celos hasta de la pipa en que fuma Julián... ¡Si lo sabré yo!

MATIL. ¡Y dale con tus generalidades! Nunca te fijas en la realidad... Si tú supieras, como yo, lo que pasa entre Julián y Marta, comprenderías las angustias de nuestra hija. Siempre he tenido el presentimiento de que esos dos extraños nos traerían alguna desgracia...

ALVAR. Esto sí que lo hemos discutido bastante, Matilde.

MATIL. ¡Esto sí que lo hemos vivido más, Alvaro! ¡Y lo que lo viviremos! Marta no debió haber entrado nunca en esta casa. Su sangre pedía otro medio social...

ALVAR. Lleva mi sangre...

MATIL. Sí; pero bastardeada con la de una mujer del pueblo. Nunca he comprendido cómo un hombre de tu alcurnia pudo dar aquel mal paso.

ALVAR. Precisamente los hombres de mi alcurnia son los que más suelen andar en estos malos pasos. Si mis padres no hubieran sido los dueños de esta casa de campo, no hubieran venido a pasar aquí aquel verano fatal; ni el ocio, el aislamiento y mi mocedad me hubieran llevado a fijarme en la hija de nuestros guardas. ¡Pobre Antonia! Todavía me parece verla tan humilde, tan dulce, tan sometida...

MATIL. *(Resentida.)* Si tanto te agradaba, no sé por qué no te casaste con ella.

ALVAR. *(Irónico.)* ¿Y la alcurnia? La alcurnia no nos impide dar un mal paso, como tú dices; pero sí legitimarlo. *(Pausa. Burlón.)* Además, además, yo te presentía ya entonces, Matilde... Estábamos predestinados el uno para el otro... Te conocí un año después de mi extravío con Antonia; nunca te oculté lo sucedido...

MATIL. ¡Como si eso te justificara!

ALVAR. No me justifica ante mí, pero sí debe justificarme ante ti. Las infidelidades de amor no tienen efecto retroactivo...

MATIL. *(Altiva.)* ¡Si creerás que me preocupó nunca aquella mujer!... Hubiera tenido que ser de condición mucho más alta. Más me contrarió que más tarde hubieras tenido el mal pensamiento de recoger en nuestra casa el fruto de tu ligereza...

ALVAR. Y ¿qué había de hacer? A la muerte de su madre, Marta tenía cinco años. ¿Hubiera sido humano meterla en un hospicio? Además, no puedes negarme que cuando decidimos instalarnos aquí, tú misma viste con cierta simpatía la presencia de Marta.

MATIL. No lo niego. Genoveva no tenía con quién distraerse. ¡No íbamos a dejarla alternar con los niños del pueblo! ¡Con lo sucios que los crían! La soledad empeoraba su delicado estado de salud. Por un momento creí que Marta sería una buena compañera. Me sobrepuse a la repugnancia y al escándalo de meter en casa a una hija natural... Pero pronto me convencí del error. Marta era despegada, hostil a todos nosotros. Jamás congenió con Genoveva. Llevaba la ingratitud en la masa de la sangre...

ALVAR. Reconoce, Matilde, que tampoco tú ni Genoveva exagerasteis con ella la cordialidad.

MATIL. Mentiría si dijera lo contrario. Su presencia hería mis principios morales y mis sentimientos de mujer. ¡Es verdad! Siempre vi en ella una criatura espuria, y no descansaba esperando el día que hubiera de abandonarnos... ¡Cómo me

alegré de su noviazgo con Julián! ¡Y cómo sentí que fracasara!... Otro error tuyo...

ALVAR. Eso fué ya cosa de Genoveva...

MATIL. Pero tú la alentaste contra mis consejos.

ALVAR. No fué preciso que la alentara nadie. Yo dejé hacer. Julián era una inyección de savia joven en nuestro roído árbol genealógico. Nos convenía su entronque...

MATIL. Te equivocas, Alvaro; siempre te lo he dicho: la mezcla de sangres envilece los linajes. ¡Quién iba a decirme que un vulgar Julián Fernández había de emparentar con tus Montenegro y mis Argamasilla!

ALVAR. ¡Dichosa preocupación! Querida, todos procedemos de Adán, que, probablemente, tuvo la sangre roja, como los demás hombres y casi todos los animales... Lo del color azul lo inventó más tarde la química de la vanidad humana...

MATIL. ¡A tanto habíamos de llegar, a que, en nombre de eso que llamamos tus ideas liberales, te creas obligado a escarnecer tu estirpe!...

ALVAR. No la escarnezco. Explico mis simpatías por Julián. Se hizo ingeniero a fuerza de sudores propios y sacrificios de su pobre familia. Yo le ayudé lo que pude. No era todo desinterés, no... Nuestra fortuna estaba deshecha; aquí tuvimos que refugiarnos para no vernos en la calle. Yo no servía para reconstruir lo que habíamos desbaratado. Cuando apuntaron las inclinaciones de Julián, vi el cielo abierto. Un hombre de ciencia, joven, enérgico, necesitaba los restos de nuestra hacienda para echar nuevos brotes. Admite que no me equivoqué.

MATIL. Tú nunca te equivocas, Alvaro. Siempre has querido ser más infalible que el Papa.

ALVAR. Pruebas al canto... Nuestro pinar, de quien todo el mundo hacía leña, menos nosotros, nos produce una renta saneada desde que se le explota científicamente. Las tierras, que arrendábamos a bajo precio, las labramos ahora nosotros, y buenos rendimientos nos dan. El salto

de agua, que era un mal molino de grano, será pronto un molino de oro cuando quede concluída la fábrica de productos químicos. Nos hemos librado de esa sanguijuela de Domingo... Todavía espero que podamos llevar algún día en la corte el mismo tren de otros tiempos... Pues todo esto, a Julián se lo debemos...

MATIL. No te digo que no, pero tanta novedad me asusta. Casi preferiría la modestia de antaño sin las inquietudes de hogaño. Y todo lo daría por devolver a nuestra hija la paz que ha perdido. Convéncete: Marta y Julián se sienten más cerca de sí que de nosotros. Pertenecen a una misma casta.

ALVAR. Prejuicios, sólo prejuicios, Matilde...

MATIL. En serio, Alvaro; yo creo que Marta haría bien en separarse de nosotros. Es cuestión de vida o muerte para Genoveva...

ALVAR. Repito: nervios, nada más que nervios. El tiempo lo cura todo. Ya ves: hasta ha curado nuestra ruina...

MATIL. Pero piensa, Alvaro...

ALVAR. ¿Otra vez?... El pensamiento no es una noria, querida. No por mucho darle vueltas se saca de él más sustancia... *(Mirando el reloj.)* ¡Ya me estarán esperando mis compañeros de tresillo! *(Escuchando a la derecha.)* ¡Calla!... Diría que es la voz de Julián... Sí; él es. ¡Qué extraño que vuelva a estas horas!... También oigo la voz de Genoveva... Hablan con viveza... Me lo temía... Borrasca en el horizonte... Te dejo, Matilde. Ya sabes que los disgustos me quitan la vida. Sin contar que me esperan, me esperan... *(Dirigiéndose a la izquierda.)*

MATIL. Siempre has de ser el mismo. Todas las dificultades tienen que resolvértelas los demás.

ALVAR. Delego en ti, Matilde...

MATIL. *(Levantando los ojos.)* ¡Y yo en la misericordia divina! Sólo Dios puede salvarnos de tantos errores... *(Sale Alvaro por la izquierda.)*

ESCENA VII

Matilde, Julián y Genoveva.

(Julián entra seguido de Genoveva, con aire excitado. Le contraría la presencia de Matilde, a quien no esperaba encontrar allí. Arroja el sombrero sobre una silla, con displicencia. Da unos pasos vagamente, y luego se dirige a la mesa de escribir, donde, de pie, revuelve unos papeles, fingiendo buscar o ver algo; pero, en realidad, quiere hacer tiempo para que se marche Matilde. Genoveva aguarda inmóvil.)

MATIL. *(Irónica.)* ¿Se te había olvidado algo?

JULIAN. *(Secamente.)* No... Tengo buena memoria...

GENOV. Relativamente... Alguna vez dejas un cuaderno en la chimenea del comedor. Pero menos mal que no falta quien te lo lleve...

JULIAN. *(La mira con fijeza; tras una pausa, sarcástico.)* ¿Vamos a celebrar audiencia pública?...

MATIL. ¡Bonita manera de decirme que estorbo!

JULIAN. No es que estorbe usted. Pero una madre no ha sido nunca el juez más imparcial de las intimidades entre una hija y un yerno...

MATIL. De otro modo andaría el mundo si los hijos hicieran siempre la voluntad de sus madres...

JULIAN. Es posible. *(Se sienta a la mesa y hojea papeles. Pausa.)*

GENOV. Mamá, perdona...

MATIL. ¿También tú?... ¡Epoca desquiciada!... Una madre no es ya nadie, no tiene derecho a intervenir en los asuntos de sus hijos.

JULIAN. Sí; mientras son menores de edad...

MATIL. *(Dirigiéndose a la izquierda.)* ¡Menores de edad! ¡Como si alguna vez dejaran de serlo para una madre!... Pero mi dignidad me impide seguir discutiendo. *(Irónica.)* No quiero estorbaros... *(A Julián, en el mismo tono.)* No quiero ser obstáculo a tu acostumbrada elocuencia... ¡Dios quiera que algún día no tengáis que arrepentiros de haber rechazado siempre mi mediación! *(Sale.)*

ESCENA VIII

Dichos, menos *Matilde.*

JULIAN. *(Se levanta.)* Por lo visto, tu madre está enterada de todo...

GENOV. No es cosa que pueda ocultarse. Si Marta quiere irse, es natural que se sepa.

JULIAN. Marta dice que tú la echas.

GENOV. Te repito que no.

JULIAN. ¿Quién no habla la verdad, entonces? Marta ha venido a la obra, llorando, a decirme que tú la ponías en la calle.

GENOV. No es eso. Es que se hace cargo de que debe salir de esta casa.

JULIAN. ¿Por qué? No veo ninguna razón.

GENOV. ¡Hay muchas! Ya está en edad de ponerse a algo... Así no puede seguir toda la vida... Luego, la gente murmura...

JULIAN. ¡Bah! Eso es inevitable. La sociedad destila maledicencia, como un organismo segrega ácidos: como una necesidad fisiológica. ¡Qué importa lo que digan!... Sin contar que si Marta se separase de nosotros, más murmurarían. Ya les oigo mordisquear: "Algo grave ha tenido que ocurrir para echarla"... Créeme, Genoveva: la idea es un desatino.

GENOV. A mí no me lo parece. Entre tú y yo, Julián, hay demasiadas barreras que nos aíslan: tus empresas, tus amistades, nuestra propia familia. Esta misma casa me parece demasiado grande; hay demasiado espacio entre nosotros. ¡Y yo, que querría tenerte siempre cerca de mí, sin nadie por medio, aunque fuese en una choza, lejos, lejos de todo el mundo!

JULIAN. Volvemos siempre a lo trillado... Te lo he dicho mil veces: no sólo de sentimientos vive el hombre. Hay que trabajar, dejar alguna huella de nuestra vida...

GENOV. Lo primero es la vida misma. ¡Es tan corta!

JULIAN. Precisamente porque es tan corta hay que aprovecharla. Luego hay que pensar en la vejez.

GENOV. Tenemos bastante. A tu lado no necesito más.
JULIAN. Pueden venir hijos...
GENOV. *(Con emoción.)* ¿Los esperas de corazón? No sé por qué se me figura que los hombres no los deseáis como nosotras. Ponéis más deseo y más amor en los hijos que no son de carne, en vuestras cosas y en vuestros pensamientos... *(Con tristeza.)* Y, claro, los otros, los desdeñados, no siempre quieren venir...
JULIAN. Si el hombre viviese sólo al día, sin preocuparse del mañana, del de su familia y del de su nombre, como una planta o como una bestia, aún seguiría viviendo en las cavernas...
GENOV. No me importaría con tal que fueses sólo mío, mío del todo, Julián...
JULIAN. Programa deslumbrador... Los dos en una cueva, muy solos, diciéndonos ternezas todo el tiempo, fuera del que yo necesitara para cazar bisontes...
GENOV. Es que no me quieres con toda el alma, como yo a ti.
JULIAN. ¿Con toda el alma? Un hombre de sentido práctico no debe permitirse ciertas imágenes poéticas. Cada uno quiere a su manera, y en la vida hay muchas cosas que se pueden querer con la misma intensidad...
GENOV. Para mí la vida eres tú, Julián, nada más que tú, y quiero vivir en ti, sólo en ti...
JULIAN. Nadie te lo impide. Pero deja a los demás seguir su camino.
GENOV. *(Exaltándose.)* ¿Que no me lo impide nadie? Me lo impiden todos y todo. ¡Y más que nadie, esa mujer!
JULIAN. Pero ¿te has vuelto loca, Genoveva? ¿A quién se le ocurre pensar eso de Marta, tan retraída, tan callada, que nadie nota su presencia?...
GENOV. ¡Mal la conoces! De ella se verá poco; pero su alma está en todas partes, envolviéndonos, dominándonos, separándonos, envenenándonos la vida, como la sombra de un mal árbol... ¡Ella

o nosotros, Julián; pero no podemos seguir los tres bajo el mismo techo!

JULIAN. Pues tendrá que poder ser, querida. No veo otra solución. Marta ni puede ni debe irse de aquí.

GENOV. ¡Pues lo quiero yo, lo mando yo!... ¡Estoy en mi casa!

JULIAN. ¿Pretendes recordarme que no estoy en la mía? Te prevengo que mi memoria es excelente...

GENOV. Lo sé... Nunca has querido olvidar que viniste de fuera. Puede decirse que todavía no te has quitado del todo el polvo del camino. Siempre has sido un forastero en esta casa...

JULIAN. Tienes razón: forastero mal venido, para tu madre; forastero también, para tu padre, aunque mejor visto, porque es útil; pero forastero al fin...

GENOV. Nada has hecho por compenetrarte con esta casa. Nadie te considera más forastero de lo que tú mismo te sientes.

JULIAN. ¿Y qué otra cosa puedo hacer? En su fuero íntimo nadie me reconoce aquí ningún derecho.

GENOV. ¿Cómo nadie? ¿Y yo?... ¿No eres para mí el señor de todo? ¿No te he entregado por completo mi alma? ¿No estoy dispuesta a darte mi vida? ¿No soy para ti una sierva?

JULIAN. ¡Una sierva!... *(Ríe.)* ¡Y eso me lo dices un minuto después de humillarme con la advertencia de que estás en tu casa y que en ella mandas tú!... *(Vuelve a reír.)*

GENOV. ¡Sierva tuya, sí, Julián; pero no de ésa!... En eso no transijo. Para ella, ésta es mi casa, sólo mía. Para ella, aquí mando yo, sólo yo. Saldrá.

JULIAN. ¡No saldrá!

GENOV. ¡Sí saldrá!

JULIAN. ¡Pues también me iré yo! ¡Ya lo sabes!

GENOV. ¡Ah, confiesas que prefieres seguir a esa mujer que quedarte aquí sin ella!

JULIAN. Nada de eso he dicho; pero si aquí no soy nadie, si eres tú quien manda y arroja a esa infe-

liz al arroyo, saldré por la misma puerta y en el mismo instante.

GENOV. No pretendas intimidarme... ¡Qué mal me conoces! Soy demasiado digna para rendirme a ninguna amenaza... ¡Vete también, si así lo quieres! No lo dejes por mí. ¡A veces te detesto tanto como te quiero, y si no has de ser del todo mío, mejor que no lo seas en absoluto!... Prefiero perderte del todo que tenerte a medias... ¡No quiero sobras de nadie! Ya lo sabes también. ¡Pero ésa saldrá hoy mismo!

JULIAN. Pues saldré con ella. Después de todo, por aquí debimos haber empezado...

GENOV. Estabais destinados el uno para el otro, ¿no? Puedes completar tu pensamiento... Pero todo tiene enmienda. ¡Anda, acompáñala, protégela, qué buena falta ha de hacerle a la pobrecilla!...

JULIAN. Ya al salir del aire de ranciedad y altanería que aquí se respira en todo, será un primer paso hacia la dicha. ¡Maldita la hora que pisé esta casa!... *(Sale bruscamente por la derecha. Después de salir Julián, el rostro de Genoveva, sarcástico en el final de la escena anterior, expresa la angustia de quien de pronto se da cuenta de un inmenso infortunio; del terror pasa la expresión a un agudo arrepentimiento. Súbitamente, Genoveva rompe a sollozar con infinita amargura.)*

GENOV. *(Elevando la mirada a lo alto, juntas las manos.)* ¡Qué he hecho, Dios mío!... *(Luego corre a la ventana y espía ansiosamente el jardín, buscando con los ojos a Julián. De repente, en una explosión de su más profundo sentimiento, abriendo la ventana.)* ¡Julián, Julián!... *(En seguida corre a la puerta de la derecha, gritando:)* ¡Julián, Julián!... *(Ya fuera, aún se oye gritar, en un llamamiento de angustia, que se aleja gradualmente:)* ¡Julián!... ¡Julián!... *(El telón ha ido cayendo lentamente en el curso de estas últimas exclamaciones.)*

ACTO SEGUNDO

Un salón. Al fondo, en el centro, una puerta que comunica con un vestíbulo, y éste, con el jardín; a su izquierda, una ventana. A la derecha, una escalera que conduce a las habitaciones superiores. A la izquierda, la entrada al comedor. En la derecha, dos puertas. En el centro, un poco a la izquierda, frente a la puerta del comedor, que será doble, de cristales, con visillos, una mesa con sillones en torno. Los muebles, severos, de estilo antiguo español. En las paredes, retratos de antepasados y escenas de caza, una panoplia y varias escopetas. Ha transcurrido un mes desde el acto anterior.

ESCENA I

Matilde, Alvaro y Céspedes.

MATIL. *(Sale del comedor, seguida de Céspedes y Alvaro, y se sienta con ellos.)* ¿Qué piensa usted, doctor?

CESP. *(Después de lanzar una gran bocanada de humo de su habano.)* No salgo de mi asombro. No recuerdo un caso de tanta fortaleza moral...

ALVAR. *(Fumando también.)* Es que Genoveva no se da exacta cuenta de esa operación.

CESP. No sé... Hay en sus ojos como una mirada de doble fondo. Mientras yo exageraba un poco los éxitos de la cirugía moderna, había en sus pupilas una sonrisa de burla e incredulidad que me cortaba la palabra.

ALVAR. Parecía que los de casa estábamos en un velorio; sólo ella daba la impresión de prepararse para una fiesta. Pero yo creo que es por inconsciencia.

MATIL. Decía usted, Céspedes, que había exagerado los éxitos de la cirugía...

CESP. Dije que un poco. Entendámonos, doña Matilde. Reconozco sus prodigios; pero en mí es una cuestión de temperamento profesional. Llámelo usted sensiblería... Pero toda intervención del bisturí me produce siempre un escalofrío.

MATIL. Y, sin embargo, usted mismo nos ha dicho tan-

tas veces que en este caso ningún medicamento podría atajar el avance de ese tumor, y que si no se obraba a tiempo...

CESP. Sí; y celebro haber coincidido con el doctor Heredia. Pero...

MATIL. ¿Es que desconfía usted de Heredia?

CESP. Nada más lejos de mi ánimo. Es uno de nuestros operadores más seguros. Pero, repito: todo golpe de lanceta es siempre un salto en las tinieblas. Luego, este género de angiomas malignos, que muchas veces proceden de un enviciamiento general de la sangre...

ALVAR. Nada, Matilde, que somos una raza vieja y carcomida...

CESP. La naturaleza es más igualitaria que los hombres, don Alvaro. Estas cosas ocurren en todas las clases de la sociedad. Hace poco tuve un caso parecido en una familia de labradores, robustos a más no poder...

MATIL. Sí, lo recuerdo. Pero, con franqueza, Céspedes. Nos debe usted esta prueba de sinceridad. Esta será quizá la última consulta sobre Genoveva... ¿Cree usted que tampoco ella resistirá la operación?

CESP. *(Vacilando.)* ¿Quién puede asegurar nada?... Ya he dicho que en principio, temo toda incisión, aun la más sencilla. Aparte de eso, tampoco lo he ocultado, el caso es algo difícil... Pero no debe perderse nunca la esperanza. Heredia tiene un pulso asombroso, y el estado de ánimo de Genoveva no puede ser más favorable. Esto es muy importante: que el enfermo vaya con valentía a la mesa de operaciones. Parece como si entonces aumentasen las defensas del organismo.

ALVAR. Sí; admito que el deseo de vivir puede mucho; pero cuando el enfermo no sospecha su gravedad...

MATIL. Yo estoy convencida de que ella se da clara cuenta de todo. A mí me parece que en ese valor que usted admira hay algo—casi no me

atrevo a decirlo—, algo del valor del suicida. Genoveva es otra de un mes a esta parte, desde aquella escena con su marido. Antes le aterraba la idea de la operación. Luego ha sido ella la que nos ha convencido a todos... ¿Se acuerda usted, doctor, que siendo muy niña, apenas tenía doce años, quiso tomarse unas pastillas de sublimado porque yo le negué un capricho insignificante?

CESP. ¡Cómo no he de recordarlo! Siempre tuvo una sensibilidad hiperestésica. Es peligroso contrariar en nada a temperamentos tan excitables.

MATIL. Te lo dije, Alvaro. Cuando el disgusto con Marta, debimos habernos puesto a su lado en cuerpo y alma.

ALVAR. ¡Qué manía la tuya, Matilde! *(Señalando al comedor.)* ¿Pero no estás viendo que desde entonces la cordialidad entre ellas es absoluta? Al contrario: aquello fué una tempestad conveniente, que limpió el aire de algunas nubecillas... A tiempo te lo advertí: nada más que nervios. *(Volviendo a mirar hacia el comedor.)* Mira qué animadamente hablan. Ahora sí que se quieren como verdaderas hermanas...

MATIL. ¡Ojalá no te engañes! Ese cambio de Genoveva me ha dado mucho que pensar, y su calma de estos días, en vísperas de la operación, me parece inquietante. No sé cómo explicarlo...

CESP. *(Mirando el reloj y levantándose.)* No quiero ser importuno. Todavía he de hacer una visita.

MATIL. *(Levantándose también y cambiando de tono.)* Diga usted que le estarán esperando sus eternos compañeros de tresillo: el señor cura y el boticario...

CESP. No lo niego, doña Matilde. Pero eso no quita para que antes visite a un enfermo.

MATIL. *(Humorística.)* ¡Me asombra que no lo deje usted para mañana, doctor! Ya nos hemos acostumbrado en el pueblo a que tarde y noche no haya médico ni botica para el apuro más urgente...

ALVAR. No te quejes, querida. Desde que Céspedes y el boticario frecuentan nuestra partida de tresillo ha disminuído notablemente la mortalidad...

MATIL. En cambio, el señor cura nos agobia de penitencias siempre que pierde. ¡Tenga piedad de los pobres pecadores, y déjenle ganar, por lo menos, las vísperas de confesión!...

CESP. Se tendrá en cuenta, salvo cuando los pecados sean murmuraciones contra el pobre médico...

ALVAR. Dígales a los amigos que hagan el favor de excusarme esta noche. Hoy no me siento con ánimos para nada. Además, he de madrugar mañana para el primer tren. Genoveva quiere que sea yo quien la acompañe a la clínica...

MATIL. Yo no tendría fuerzas para estar junto a mi hija en el momento crítico...

CESP. ¿Y Julián?

ALVAR. Genoveva se ha negado en redondo a que vaya. Ni Marta. Yo solo he de sufrir esta prueba. ¡A mis años!...

MATIL. Di que tampoco ellos han insistido mucho...

ALVAR. ¿Qué iban a hacer? Cuando a Genoveva se le mete una idea entre ceja y ceja, no hay fuerza humana que se la quite...

CESP. *(Dirigiéndose al comedor.)* Quiero despedirme... *(Sale.)*

ESCENA II

Alvaro y Matilde.

MATIL. Ha estado poco franco Céspedes.

ALVAR. Demasiado. A pesar de sus esfuerzos, no ha podido disimular su pesimismo. Yo creo que ha querido prepararnos para lo peor. Aquella insinuación de que Genoveva es el epílogo de una raza gastada...

MATIL. No, Alvaro. Ya dijo que eso puede ocurrir también entre el vulgo. De siglos vienen los Montenegro y los Argamasilla; pero eso sólo prueba el vigor de nuestros linajes.

ALVAR. Dejemos eso ahora, querida... Lo cierto es que esta noche me siento desalentado como nunca. Según se acerca el día decisivo, más y más me flaquean las fuerzas.

MATIL. Yo no desconfío de la naturaleza de nuestra hija, pero en su alma hay un misterio que no puedo comprender. *(Mirando al comedor.)* Esa intimidad con Marta desde hace unas semanas y esa serenidad ante el peligro, repito que me llenan de inquietud.

ALVAR. ¿Quieres decir que quizá es la desesperación la que le empuja?

MATIL. Algo de eso... Todo pudiera ser. No sé por qué he recordado esta noche su tentativa de suicidio cuando niña...

ALVAR. Pero eso no se disimula tan fácilmente. Además, hay medios más rápidos de cometer un disparate que una operación quirúrgica, que puede salir bien, ¡y saldrá, saldrá, quién lo duda!

MATIL. Sí; pero un creyente sabe que ofende a Dios atentando contra su propia vida...

ALVAR. Eso no se piensa cuando es verdadera la desesperación. Y si no lo es, tampoco se buscan sustitutivos. Te ofusca el exceso de imaginación, querida.

MATIL. Las madres tenemos una doble vista, que os falta a los hombres, Alvaro.

ALVAR. Pero aunque fuese como tú dices, ¿cómo te explicas este nuevo cariño de Genoveva por Marta? No se separa de ella un momento. Precisamente, cuando por su causa, según tú piensas, más desesperada debiera sentirse...

MATIL. Una necesidad de perdonarla... ¡Qué sé yo!... Repito que no lo comprendo, pero que no me parece natural.

ALVAR. *(Mirando al comedor.)* Sea lo que fuere, se me desgarra el corazón pensando que, después de tantos años de discordias, ahora, que la paz reinaba, al fin, en esta casa, acaso sea ésta la

última noche que nos hemos sentado todos a la mesa en ese viejo comedor...

MATIL. A mí me ahoga sólo la idea de que mi hija no vuelva a sentarse allí nunca más. ¡Aunque fuese sin esta *armonía* de última hora!... *(Se le empañan los ojos de lágrimas.)*

ESCENA III

Matilde, Alvaro, Céspedes, Genoveva, Marta y *Julián.*

CESP. *(Sale del comedor, seguido de Genoveva, Marta y Julián.)* Conque lo dicho: hasta muy pronto. Yo calculo que quince o veinte días bastarán para dejarte la máquina como nueva...

GENOV. *(Intensamente pálida, con una sonrisa que no le abandona.)* ¿Tan pocos, doctor? Me parece que exagera usted su optimismo. Ya me daré por contenta con que no dure más de dos meses. Digo, si antes no me descomponen la máquina del todo...

ALVAR. ¡Qué cosas se te ocurren, hija mía! ¿Quién piensa en eso?

GENOV. Si no pienso en ello, papá. Pero me ha hecho mucha gracia que Céspedes me comparase con una máquina. Sin querer, he recordado el reloj de péndulo que está arriba en el salón. *(A Céspedes.)* ¿No le conoce usted? Es tan antiguo y raro, que una vez lo desmontó un relojero moderno y luego no supo volver a ajustarlo. Eso le pasa algunas veces a los señores cirujanos: quitan una pieza, paran la vida, y luego no aciertan a ponerla otra vez en marcha...

CESP. Cuando la relojería tiene ese temple admirable, ni un ejército de cirujanos podría descomponerla... Repito: buen viaje, y que no te abandone ese envidiable buen humor... *(Estrecha la mano a Genoveva.)* Buenas noches a todos. *(Sale por la puerta del fondo. Le acompaña Alvaro, que conversa con él unos instantes en el vestíbulo y luego vuelve.)*

ESCENA IV

Dichos, menos *Céspedes.*

MATIL. Debes estar fatigada, Genoveva.

GENOV. Todo lo contrario, mamá. Ya habrá tiempo de descansar en el sanatorio... ¡Hoy tengo unos deseos de hablar, de moverme, de ver y tocar todas las cosas!... *(Va y viene por la habitación, mira los objetos, los mueve.)*

MATIL. Pero piensa que mañana has de levantarte temprano.

GENOV. Esta noche me la pasaría en claro. Tampoco tú tienes sueño, ¿verdad, Marta? *(Le echa la mano por la cintura.)*

MART. Ninguno. Hoy no podría dormir pensando en tu viaje.

JULIAN. Tampoco yo tengo sueño.

MATIL. Yo no puedo con mi alma. Pero no te retrases, Genoveva. *(La besa. Luego se dirige a la escalera.)*

ALVAR. Yo también subo. Hacía tiempo que no me sentía tan cansado... No tardes en retirarte, hija mía. *(Sube también la escalera.)*

MATIL. *(Desde lo alto.)* Todavía estaré despierta cuando te acuestes. Ven a decirme buenas noches. *(Con emoción.)*

GENOV. Sí, mamá. *(Pausa, hasta que Matilde y Alvaro desaparecen en lo alto.)*

ESCENA V

Genoveva, Marta y *Julián.*

GENOV. *(Se acerca al pie de la escalera y observa el alejamiento de sus padres.)* ¡Gracias a Dios! Ya no podía disimular más tiempo. Con vosotros no necesito fingir... No quería dejar mal a Céspedes. ¡Pobre hombre! ¡Qué esfuerzos hacía por animarme! Se ve que quería salir airoso del papel que le confiaron. Pero no era preciso. ¡Qué no haría yo para que papá y mamá no lean en el fondo de mi pensamiento!

Serían capaces de suspender el viaje.

JULIAN. Acaso fuera lo mejor...

GENOV. No insistas, Julián. ¡No y mil veces no! ¿Qué gana nadie con que yo sufra y os haga sufrir a todos algunos meses más? ¡No, no! Demasiado egoísta he sido.

JULIAN. Pero si te equivocaras, si se equivocaran los médicos... Es más difícil calcular la resistencia de un organismo que la de los materiales de una obra... Quizá no sea necesario que te operen.

GENOV. Claro que la ciencia puede equivocarse; pero cuando recuerdo todo lo que os he atormentado con mis dolores y mis nervios, me horroriza la idea de seguir viviendo como hasta ahora.

JULIAN. No has tenido tú la culpa de tus dolores, y todos nosotros los hemos compartido y los compartiríamos siempre cariñosamente. En cuanto a lo otro, a eso que tú llamas tus nervios, a la vista está que ya no hay que temer nada.

GENOV. En eso sí que te engañas, querido. Si tan diferente os parezco desde aquella tarde en que tan cruel estuve con Marta y contigo, es porque cuando tú saliste diciendo que te irías de casa, comprendí en un momento que era criminal sacrificaros como hasta entonces. Por eso te llamé, corrí a tu alcance y te pedí perdón. Créeme: en aquel instante decidí jugarme el todo por el todo, porque me di cuenta de que nuestras discordias nacían de mi enfermedad, de mis sufrimientos, de mis nervios deshechos... Pero si no hubiera tomado esa determinación, convéncete de que tampoco ahora habría paz en esta casa.

JULIAN. ¿Y no comprendes que precisamente ese espíritu tuyo de sacrificio es lo más inaceptable para nosotros? *(Genoveva hace un gesto de disentimiento con la mano.)*

MART. Pero la operación saldrá bien, seguramente...

Otras más peligrosas...

GENOV. *(Con forzada sonrisa.)* ¿Es que quieres competir con Céspedes?... No seas cándida; tú no entiendes de estas cosas. Cuando estuvimos a consultar al doctor Heredia, yo fuí sola una tarde a ver a otro especialista... Le engañé, fingiéndome una viuda con hijos, sin más parientes, que necesitaba saber la verdad para dejar arreglados sus asuntos. Me reconoció. Y ¿sabéis lo que me dijo? Que la operación era una de las más arriesgadas... ¡Pero ya no me importa!

MART. Nunca me habías hablado de esa consulta...

GENOV. *(Observándola.)* ¿Para qué? No quería entristecerte más... Ya ves que no estoy para fáciles ilusiones... Pero tampoco creáis que lo doy todo por perdido. Es como quien se juega la vida a cara o cruz... Lo peor es la incertidumbre, un día, otro día, un mes, otro mes... siempre. Pase lo que pase, ahora estoy resignada y casi contenta... *(Trata de reir.)*

JULIAN. No sé lo que me da oírte, Genoveva... ¡Y pensar que yo he podido ser parte en esta desesperación tuya!... *(Ante un gesto de Genoveva.)* ¡Sí, sí; no lo niegues! Debajo de esa calma aparente, se adivina que no te hubieras decidido a esto sin estar desesperada. Ahora comprendo lo mucho que te he hecho sufrir...

MART. *(Con lágrimas en los ojos.)* ¡Yo también he sido muy mala contigo!

GENOV. No seáis tontos: callad. ¿Qué culpa tenéis vosotros de mi carácter? *(A Julián.)* Y tú no hables de desesperación. Lo que pasa es que yo también he comprendido, al fin... *(Se detiene.)*

JULIAN. *(Anhelante.)* ¿Qué has comprendido?

GENOV. Lo natural. Que lo mejor para todos sería...

MART. *(Adivinando.)* ¡Calla, calla!

GENOV. ¿Por qué callar ahora lo que tú y yo hemos hablado tantas veces?

JULIAN. ¿Qué es lo que habéis hablado?

MART. *(Cubriéndose el rostro.)* ¡No se lo preguntes!

¡Es espantoso!

GENOV. Espantoso, no; natural. ¿Por qué ha de ser espantoso creer que lo mejor para todos sería que un día Julián quedase libre?

JULIAN. ¿Qué horrores estás hablando? ¡No hay derecho a pensar eso, y mucho menos a decirlo! ¿Qué idea tienes de nosotros?

GENOV. Acaso es ésta la última vez que los tres podemos conversar a solas. No marcharía mañana tranquila si ahora no os hablara con el corazón en la mano.

MART. No sigas, Genoveva. ¡Te lo pido por lo que más quieras!

JULIAN. Sí, sí; es mejor hablar de otra cosa.

GENOV. *(Levemente irónica.)* A nadie se le niega el derecho de hacer testamento...

JULIAN. No creo que sea ésta la ocasión. Además, ¿para qué? Todo ha de salir perfectamente.

GENOV. Aunque así fuera. En cualquier momento puede una declarar su última voluntad... *(Ante un gesto desaprobatorio de Julián.)* Si quieres, quitemos lo de última... Os digo otra vez que no he perdido la ilusión de vivir. Mi instinto no renuncia a la vida... Pero cuando miro las cosas como si no fueran mías, desde lejos, con toda calma, creedme, todo me dice que lo mejor es...

JULIAN. No acabo de entenderte...

MART. ¡Dios mío, Dios mío!

GENOV. ¡Si ya no me importa! Podemos hablar como se habla uno a sí mismo. Me siento purificada, como si viera las cosas desde otra vida donde se comprende todo... *(Ante un gesto de extrañeza de Julián.)* Sí, sí; lo comprendo todo. Os habéis querido desde la infancia, de mayores, ahora mismo, siempre, siempre...

JULIAN. ¡Basta, calla! No dices más que locuras. ¡No puedo oírte!

GENOV. ¡Si ya no necesitas negarlo! ¡Si te digo que ya no me importa! Al contrario... Deseo que

os sigáis queriendo, y también deseo otra cosa...

MART. ¡No más, no más, hermana!...

JULIAN. *(En actitud de irse por la derecha.)* ¡No puedo seguir oyéndote! ¡Has perdido la razón! Tus desvaríos son tan desatinados, que ni siquiera merecen tomarse en cuenta... ¡No se discute con locos!... *(Mirando al reloj, nervioso.)* Todavía he de trabajar algo esta noche.

GENOV. ¡Un minuto, Julián! No cometas la crueldad de dejarme ir mañana con el corazón comido de remordimientos.

JULIAN. *(Deteniéndose.)* ¿Cruel yo, que quiero marcharme por no poder soportar este suplicio?

GENOV. ¡Sólo un minuto! ¡Quizá es el último que te pida!... Yo sé que cometí una mala acción separándoos *(A Marta.)*, robándote el hombre a quien querías... *(A Julián, que hace gestos de impaciencia.)* ¡Espera, espera!... Ya termino... Sé que si yo llegase a faltar, nada impediría entonces el casamiento que yo os desbaraté en mala hora.

JULIAN. ¡Acaba de una vez!

GENOV. Esta es mi voluntad: que sepáis que en mi conciencia os devuelvo lo que os quité; que quiero que os caséis si yo no volviese, ¡que lo quiero yo, yo!

MART. Pero ¿quién habla de no volver?

JULIAN. ¡Qué demencia!...

GENOV. *(Exaltada.)* Y ahora decidme que me prometéis lo que os pido, que aceptáis lo que os devuelvo, y que, al aceptarlo, me perdonáis lo que os hice. ¡Jurádmelo mano sobre mano! *(Coge a Marta por el brazo y, arrastrándola hacia Julián, les obliga a unir sus manos.)* ¡Jurádmelo! ¡Sólo así me iré mañana con la conciencia tranquila!...

MART. No sé lo que siento... Se me va la cabeza... *(Se lleva la mano libre a la frente, y a punto de caerse, la recoge Julián en sus brazos.)*

JULIAN. ¡Marta, Marta!...

GENOV. Un mareo... No será nada... Un poco de agua... *(Se dirige al comedor. En la puerta se vuelve furtivamente al grupo. Julián levanta y lleva a Marta a un sillón. Escena rápida.)*

JULIAN. *(Con angustia.)* ¡Marta! ¡Marta! *(Pausa.)* ¿Me oyes? *(Pausa. Marta abre lentamente los ojos y se lleva la mano a la cabeza.)*

MART. *(En un susurro.)* Ya se me pasa... *(Mira en derredor.)* ¿Y Genoveva?

JULIAN. Fué al comedor... *(Asoma Genoveva la cabeza por la puerta del comedor y mira recatadamente a la escena, sin ser vista.)*

MART. Qué miedo me ha dado. Creí morir...

JULIAN. *(En voz baja, con ternura.)* Y yo temí enloquecer, creyéndote muerta. ¿No oíste cuando te llamé, dulcemente, Marta, Marta?... Toda mi alma la puse en aquel llamamiento...

MART. Más bajo... Puede escucharnos...

JULIAN. Pero si es ella la que lo quiere así... Parece una liquidación de su conciencia...

MART. *(Sintiendo que se adelanta Genoveva.)* ¡Calla!

GENOV. *(Con una copa de agua en la mano, que le ofrece a Marta.)* ¿Te sientes mejor?

MART. No ha sido nada... *(Bebe.)*

GENOV. Un poco más... *(Vuelve a beber Marta.)*

JULIAN. *(A Genoveva.)* ¡Ya ves a lo que conducen tus incoherencias!

ESCENA VI

Dichos y Francisca.

FRANC. *(Por la primera puerta de la derecha, a Genoveva.)* Preguntan por ti...

GENOV. ¿Quién?

FRANC. Ese... Domingo.

JULIAN. *(Con excitación.)* ¿Qué se le ha perdido en esta casa?

FRANC. Que quiere ver a Genoveva. Le he dicho que yo traería el encargo; pero dice que es una vi-

sita personal. *(Recalcando.)* ¡Personal! Ya habla como un diplomático...

JULIAN. Yo le despacharé con viento fresco...

GENOV. Espera. Quizá necesite algo... ¿Dónde está?

FRANC. Donde son recibidos los diplomáticos como él: en la cocina... Vino por la puerta trasera.

GENOV. Hazle pasar. *(Sale Francisca.)*

ESCENA VII

Dichos; luego, *Domingo.*

GENOV. Entrad un momento al despacho, mientras veo lo que quiere. Con lo puntilloso que es, no me atrevo a recibirle en la cocina...

JULIAN. Si se pone impertinente, no tienes más que dar una voz... *(Sale por la primera puerta de la derecha. Marta vacila un momento, y luego le sigue.)*

GENOV. *(Abre la segunda puerta de la derecha y llama.)* Pasa, Domingo...

DOMIN. *(Entra al cabo de un momento.)* Con licencia...

GENOV. Soy toda oídos.

DOMIN. Pues me encontré con el médico y me dió la noticia de que mañana marchaba la señorita a la capital y la razón del viaje. ¡Si todavía estuviera levantada!, pensé. Desde la carretera vi que había luz en esta habitación, y aunque la noche va adelantada, no quise pasar sin despedirme. Perdone que venga tan a deshora...

GENOV. Nunca es tarde para un buen propósito.

DOMIN. Ya me imagino que pronto volveremos a verla sana y fresca como una rosa; pero el pensamiento de que se fuera sin que hiciéramos las paces...

GENOV. ¿Lo dices por lo de aquella tarde? ¡Bah! Ya ni siquiera me acordaba.

DOMIN. Pues a mí muchas noches me ha quitado el sueño. ¡Cuántas veces he querido venir para que me perdonara el disgusto aquél, y siempre me ha faltado coraje!

GENOV. Tú eres quien debe perdonarme, Domingo. Si alguien pecó de malos modos, fuí yo. No se hable más de ello.

DOMIN. ¡No sabe usted el peso que me quita de encima! No esperaba yo menos de su buen corazón. Real y verdaderamente, se me hacía muy duro perder la estima de la única persona que aquí no me mira como a una alimaña...

GENOV. Exageras, hombre. Es que tú eres también un poco litigante, y eso a nadie le gusta.

DOMIN. Demasiado sabe la señorita lo que busco por ese vericueto. Por la memoria de mi madre le juro que no soy nada codicioso. Yo era algo a la sombra de esta familia, y ahora voy tal que un caminante sin cobijo, solo, envidiado de los que nada han sido, despreciado de los que no me perdonan que llegara a lo que ellos, y mal mirado de todos... De ahí mi querencia a esta casa, donde siempre tuve consideración...

GENOV. No dejo de comprenderlo; pero ¿qué puede hacer una mujer en estas diferencias de los hombres?

DOMIN. *(Animándose.)* Cuando una mujer se pone a ello, todo lo que quiera, señorita. *(Vacilando.)* Precisamente, también venía a hablarle de otra cosa...

GENOV. Tú dirás...

DOMIN. No se ofenda usted; pero quería preguntarle si en todo este tiempo se ha acordado de lo que le supliqué aquella tarde...

GENOV. ¡Ya! ¿Que hablara por ti a Marta?

DOMIN. ¡Eso mismo, eso mismo!

GENOV. No creas que lo olvidé. Después que te fuiste pensé en el asunto y vi que tus pretensiones no eran para echarlas en saco roto. Aquel mismo día hablé con Marta...

DOMIN. *(Anhelante.)* ¿Y ella?

GENOV. *(Titubeando.)* Ella... ella... Ya sabes lo reservada que es... Esto no es más que una suposición mía, no creas otra cosa. En realidad, ella

no me ha dicho nada... Pero no sé por qué se me figura que le hace ascos a casarse.

DOMIN. ¿Porque es hija natural? Eso no sería una valla que no pudiera saltarse...

GENOV. Claro que no. ¿Por qué había de serlo? Eso lo sabe todo el mundo, y a nadie le importa, cuando la mujer es como Dios manda. Pero Marta... No hagas mucho caso de lo que digo. Sólo quiero explicarme ese despego de Marta por el matrimonio... No me extrañaría que haya salido a su madre, y como sabe que los hombres, en esto de la honra, sois intolerantes...

DOMIN. Entonces, esas murmuraciones...

GENOV. Yo no sé nada, te lo juro. Pero algún secreto reserva. Y es una pena, porque pocas mujeres habrá tan hacendosas para una casa. Estoy segura de que haría la felicidad de cualquier hombre, a poco generoso que él fuese. Pero como en estas cosas no hay para vosotros otra ley que la del embudo...

DOMIN. *(Rascándose la cabeza.)* ¡Bastante turbia me parece el agua para ver lo que hay en el fondo, y no se diga para beberla!... Pero mayores males han tenido remedio.

GENOV. ¿Verdad que sí, Domingo? Ya sabía yo que en ningún caso despreciarías a Marta. Siempre me pareciste un hombre de buen juicio.

DOMIN. Otros lo llamarán conveniencia. Pero yo no estoy en edad de hacer el moro ni de subir a los árboles a por fruta que no esté picada. En fin de cuentas, también yo soy canto que he rodado mucho, y aunque la soga no sea de primera mano, con tal de añudar otra vez mi vida a esta casa...

GENOV. Así hablaría la misma razón. Yo te ayudaré con todas mis fuerzas, Domingo. Yo le diré a Marta lo bueno que eres...

DOMIN. Pero si se marcha usted mañana... ¿Cuenta la señorita con... con volver... pronto?

GENOV. *(Con firmeza.)* No sé cuándo, pero volveré,

Domingo, volveré. ¡Queda confiado!... Y ahora, vete, que es ya tarde. ¡Y punto en boca!

DOMIN. ¡No la abriré así me ahorquen! ¡Mucha suerte, señorita Genoveva, y mande siempre a este criado!...

GENOV. ¡Adiós, adiós!... *(Sale Domingo por la primera puerta de la derecha.)*

ESCENA VIII

Genoveva, Marta y *Julián.*

(Al quedarse sola Genoveva, se oye decir a Marta, con voz sofocada: "¡Julián, Julián!" Genoveva, cuyo rostro adquiere de pronto toda la dureza del primer acto, se aproxima a la puerta que corresponde al despacho de Julián y aplica el oído con visible angustia. Al cabo de unos momentos abre la puerta y habla hacia el interior.)

GENOV. *(Con acento ligeramente alterado.)* ¡Gracias a Dios que se ha ido!... Podéis volver. *(Sale Marta, confusa, desviando la mirada, con algún desorden, poco perceptible, en el peinado. Genoveva la observa de reojo.)*

JULIAN. *(Aparece en la puerta con unos papeles en la mano y se detiene.)* ¿Tan urgente era lo que tenía que decirte?

GENOV. *(Esforzándose por recobrar el tono anterior.)* ¡Nada! ¡Marrullerías! Que quería despedirse y hacer las paces conmigo. ¡Figuraos!... *(Burlona.)* Ahora ya puedo ponerme en viaje con la conciencia en orden...

JULIAN. Es un pillastre... Bueno. Aún tengo que hacer la cuenta de los jornales. Mañana es día de paga...

GENOV. No te detengas por mí, Julián. *(Julián se retira. A Marta.)* ¿No vas a ayudarle como otras veces?

MART. Estoy algo cansada... Además... No sé, pero Julián me parece otro esta noche. Hoy me da miedo de todo...

GENOV. ¡Tonta! Es que al fin ha vuelto a abrir los ojos y a verte como en otro tiempo. Trabajo nos ha costado... Cuando los hombres se empeñan en ser ciegos, son como topos. Si un hombre anda detrás de una mujer como tú detrás de Julián estos últimos quince días, a buena hora ella no se da cuenta...

MART. *(Excusándose.)* Bien sabes que sólo lo hice por ti, porque tú me lo mandabas, para que no lo tomaras a mal...

GENOV. No necesitas decírmelo. Demasiado sabía yo que, después de lo ocurrido aquella tarde, no os atreveríais ni a miraros. Y hoy mismo, si no es por mí...

MART. *(Cubriéndose el rostro con las manos.)* ¡Todavía siento que me salen los colores a la cara! ¡Qué cosas se te ocurren, Genoveva! ¡Mira que haberme desvanecido en brazos de Julián! ¡Qué vergüenza!

GENOV. No seas niña. No hay tiempo que perder. Ya sabes lo que hemos hablado...

MART. Tengo miedo, mucho miedo...

GENOV. ¿Miedo? Di que no te importa el porvenir de Julián...

MART. ¿Cómo puedes pensar eso? Demasiado me conoces ya. En todas estas semanas no has hecho otra cosa que arrancarme las confesiones más íntimas.

GENOV. Sí, palabras; pero cuando llega la hora de obrar... Si es cierto que te preocupa el porvenir de Julián, no ignoras que en caso de que yo no volviera...

MART. ¡Pero no has de volver! Sí, sí; volverás... ¡Estoy segura!

GENOV. No bastan tus buenos deseos. Hay que pensarlo todo... En el caso de que yo no volviera, la situación de Julián en esta casa sería insostenible, bien lo sabes. Mamá no ha podido sufrirlo nunca, y menos le sufriría sin mí... Papá es débil, ya le conoces... Y mucho temo tam-

bién que la paciencia de Julián se acabara pronto... Quizá fuese sólo cosa de días...

MART. Pero Julián no puede, no debe irse en ningún caso. Aquí se ha hecho una posición, y si se marchara, todo lo que él ha levantado se vendría otra vez a tierra. Volvería ése... Domingo, y la ruina sería entonces completa...

GENOV. ¿Lo ves? Tú misma te haces cargo del peligro que corre nuestra casa... ¡Si yo hubiera tenido un hijo que atara para siempre a Julián y a mis padres!... Pero Dios no lo ha querido. Convéncete de que no queda más remedio...

MART. *(Con las manos en el rostro.)* ¡Me da terror oírte, Genoveva!...

GENOV. *(Acercándose y bajando la voz, con persuasiva intensidad.)* ¡Un poco de valor, Marta!... ¿No me ves a mí? Después de todo, nadie te pide que te juegues la vida...

MART. Hay cosas que una aprecia más que la vida...

GENOV. *(En el mismo tono.)* ¿Ahora sales con eso? Después de haberme prometido... ¿No me dijiste una noche, mientras paseábamos a orilla del río, que siempre habías querido a Julián, que le seguías queriendo...?

MART. Tú me obligaste a decirlo. Yo estaba como hipnotizada...

GENOV. ¿No me dijiste también que a su lado te sentías sin voluntad, y que si él te mandase un día arrojarte a la presa, no vacilarías?

MART. ¡No sigas, por lo que más quieras! Cuando te dije eso, me parecía que estaba sola, que hablaba conmigo misma, y ni siquiera oía mis palabras. Pero ahora que tú me las repites, me parce que oigo pregonar un crimen que yo había jurado guardar secreto hasta la muerte. ¡Calla, Genoveva, calla!

GENOV. No te aflijas, mujer. ¿Qué culpa tienes tú de quererle? Cuando manda el corazón, la cabeza no puede nada... Pero ven acá, tonta. Cuando se quiere así a un hombre, cuando una está dispuesta a dar por él la vida, todo lo demás

queda en segundo término... Si cuando antes dijiste que hay cosas que una aprecia más que la vida, pensabas en un cariño así, no te faltaba razón...

MART. No, no; pensaba otra cosa... *(Pasándose una mano por la frente.)* Me da vueltas la cabeza...

GENOV. ¡Si es por el bien de todos!... Otra noche me prometiste que nunca abandonarías a Julián...

MART. Sí; si algún día se quedaba solo. Pero no se quedará, Genoveva. Tú volverás, tú volverás. Me lo dice el corazón... Yo lo quiero.

GENOV. No te fíes... Hay que estar preparados para todo... Pero no basta con que no le abandones, ¿lo oyes? Es preciso que le retengas en esta casa, junto a mis padres, al frente de nuestra hacienda...

MART. Y ¿qué puedo hacer yo, Dios mío?

GENOV. Ya te lo he dicho otra vez. Recuérdalo... Hay que precipitar las cosas, no dar tiempo a que Julián se desespere y huya de esta casa. Tú sola puedes retenerle... Ya sabes cómo... Julián es un hombre de honor y no te abandonaría. Sólo así estaría su voluntad en tus manos, y no yéndote tú, tampoco él podría irse.

MART. ¿Y si vuelves, Genoveva?... Pero qué digo, ¡si estoy segura de que volverás! ¡No quiero otra cosa!...

GENOV. *(Con acento irascible.)* ¿Otra vez? Si vuelvo, si vuelvo... ¿lo sé yo acaso? Hay nueve probabilidades contra una, y no vacilo, por todos vosotros y por mí. Pero tú no quieres arriesgar nada; esperas que el tiempo te traiga la presa que codicias sin exponer lo más mínimo. Y es que no te importa un ardite la suerte de Julián, ni el futuro de esta casa, ni nada de nadie. Sólo miras a lo tuyo, a tu conveniencia bien calculada... ¡Quita de ahí! ¡Y yo que pensé estas semanas que, después de todo, quizá había alguna grandeza en tu corazón! ¡No hay más que mezquino egoísmo!

MART. No soy egoísta, harto lo sabes. No temo perder

nada; pero me aterra el propio juego, este juego en que tú pones tu vida y quieres que yo ponga lo que estimo más que la vida misma. ¡Provocas a Dios, Genoveva!

ESCENA IX

Dichos y Julián.

JULIAN. *(Desde dentro, con voz sofrenada.)* ¡Marta, Marta!

GENOV. ¿Oyes?... Julián necesita tu ayuda...

JULIAN. *(Apareciendo en la primera puerta de la derecha.)* Es muy tarde, Genoveva. Debieras acostarte...

GENOV. Sí; ya voy...

JULIAN. No encuentro unos papeles, Marta... *(Desaparece tras un momento de indecisión.)*

GENOV. Vete, Marta. No le abandones. Sujétale a su obra...

MART. ¡Dios quiera que no sea una obra de perdición! Hasta mañana, Genoveva. *(La abraza y besa con efusión.)*

GENOV. *(Desviándose ligeramente.)* Hasta mañana. *(Marta vacila un instante al separarse de Genoveva. Luego se dirige rápidamente a la segunda puerta de la derecha, por donde desaparece. Al quedarse sola, Genoveva se pasa la mano por la frente, y con paso sigiloso, después de mirar en derredor, se aproxima a la puerta por donde han salido Julián y Marta, y escucha con intensa atención. De pronto se yergue con sobresalto, y se aleja.)*

ESCENA X

Genoveva Francisca.

GENOV. *(A Francisca, que aparece en la segunda puerta de la derecha.)* ¡Qué susto me has dado, Francisca! Te hacía ya acostada...

FRANC. *(Dirigiéndose a la puerta del jardín.)* Quería ver si están cerradas todas las puertas... *(Co-*

rre un cerrojo.) Y apagar las luces... Pero ¿sabes la hora que es, criatura? ¡Que estén en pie todavía!

GENOV. He estado dando algunos últimos encargos a Marta.

FRANC. Ya oí que hablabais. Y por la cuenta, ella tampoco tiene sueño.

GENOV. La llamó para que le buscara unos papeles...

FRANC. *(Recogiendo la copa de la mesa.)* Santo y bueno que él trabaje día y noche. Pero es muy fuerte que últimamente no puede dar un paso sin Marta... ¡Jesús, ni que fuera su sombra!

GENOV. Déjalos. Nadie debe meterse en lo que no le importa...

FRANC. Pues, hija, no te reconozco. Antes, todo era revolver cielo y tierra para que ni siquiera se viesen, y ahora todo es hacer que no se separen. ¡Cómo cambian los tiempos!... Tú algo me callas, Genoveva...

GENOV. Déjame, ama, déjame...

FRANC. Todo este tiempo he aguardado a que me dijeras lo que te pasa, como siempre lo hacías: "Mañana se nos va; por lo menos, esta noche me dirá algo", pensé esta tarde. He esperado a que todos se fueran, y ahora que estamos solas tampoco quieres abrirme el corazón... *(Llevándose el pañuelo a los ojos.)* ¡Ya no merezco tu confianza! ¡Con lo que yo te he querido! ¡Más que a una hija!

GENOV. *(Con exaltación concentrada.)* No desconfío, ama. A ti te diría lo que no podría confesar ni a mi propia madre. Tú me perdonarías siempre... Pero hay cosas que ni yo misma quiero confesármelas. Déjame, no me hagas hablar... No quieras entrar en mi conciencia; sería como acercarte a un abismo... Te imaginas que he cambiado porque ahora consiento y ayudo a lo que antes me mataba; pero no; soy la misma, más atormentada que nunca. Sólo que los caminos de mi desesperación son ahora otros; pero el fin es el mismo... ¡Ella o yo!... No sé

si soy una criminal o una mártir: no me lo preguntes; sólo sé que soy una mujer que por querer y sufrir con locura va a jugar con la muerte. También ella se juega muchas cosas. Es lo justo; no había otro remedio... ¡Ella o yo! ¡Ella o yo!... ¡Pero no me hagas hablar, ama; respétame este secreto, que ni yo misma me atrevo a confesarme! Y ahora, vete a descansar. Yo subo a dar a mi madre el beso de todas las noches. Quizá sea la última... Otro para ti. *(Besa al ama y se dirige a la escalera.)* Apaga la luz y no hagas ruido, Francisca... *(Sube la escalera.)* Silencio, silencio... *(Francisca apaga la luz; la escena queda a oscuras.)* Hasta mañana... *(Desde lo alto de la escalera, como hablando consigo misma, con intensa emoción, lentamente, con voz que se aleja.)* ¡Ella o yo!... ¡Ella o yo!... ¡Ella o yo!...

TELON RAPIDO

ACTO TERCERO

El despacho de Julián, como en el primer acto. Una pálida luz matinal inunda la habitación. Han transcurrido tres meses desde el segundo acto. Primeras horas de la mañana.

ESCENA I

Julián y Alvaro.

(Julián está sentado a la mesa de la derecha, con el cuerpo echado hacia atrás, los codos apoyados en los brazos del sillón, las manos plegadas sobre el pecho, la mirada errante y una profunda preocupación en el rostro. Al cabo de unos momentos, al sentir que alguien llega, se inclina rápidamente sobre la mesa y hojea unos papeles que tiene delante.)

ALVAR. *(Entra por la izquierda, frotándose las manos alegremente, en traje de caza, con una escopeta, que apoya contra la pared.)* ¿Ya en pie, Ju-

lián?... Buenos días. Ni aun hoy se te han pegado las sábanas al cuerpo...

JULIAN. *(Sin levantar la cabeza, con aire atareado.)* El tiempo apremia. Tenemos que inaugurar la presa a fin de mes, y todavía quedan muchos cabos por atar.

ALVAR. Pero un día como hoy... Sacrificas demasiado las dulzuras de la vida. Créeme, también el corazón tiene sus derechos... Supongo que Genoveva no se habrá levantado aún.

JULIAN. Hace una hora, cuando yo la dejé, dormía profundamente.

ALVAR. Es natural. Está muy atrasada de sueño. Puede decirse que en la clínica sólo los últimos ocho días ha dormido con algún sosiego. No sabes lo que ha sufrido...

JULIAN. Me lo imagino.

ALVAR. No, Julián, no puedes imaginártelo. Hay que haber estado todo ese tiempo, como nosotros, casi sin separarnos de su cabecera noche y día, para darse cuenta de lo que hemos padecido ella, su madre y yo. Si su estado febril se prolonga quince días más, me parece que el agotamiento nos mata a todos.

JULIAN. Siempre lo he dicho: la resistencia del material humano es mucho mayor de lo que se supone, y no hay ciencia que pueda calcularla...

ALVAR. Eso parece desde lejos, y más cuando ha pasado todo; pero cuando durante días, semanas y meses se ha estado viendo una vida colgada de un hilo, que la menor complicación o descuido podría romper, uno tiembla hasta de recordarlo. Convéncete: las tres visitas cortas que hiciste no bastan para comprender eso.

JULIAN. Si no estuve más a menudo, bien sabe usted que fué a causa de las obras. Día que falta uno, medio día, por lo menos, que los demás pierden. Hay que estar en todo... Si hubiera sido por mi gusto...

ALVAR. No necesitas explicármelo, hombre. Harto te conozco. Por eso te decía hace un instante que

sacrificas demasiado tus sentimientos... Pero ella no pasaba día ni hora sin hablar de ti y sin pedirnos que te llamáramos. Sobre todo, las últimas semanas.

JULIAN. Haberme escrito.

ALVAR. ¿Para qué? Aparte de tus quehaceres, tus visitas la emocionaban tanto, que probablemente le hacían más mal que bien... No es porque sea mi hija, pero pocas mujeres habrán idolatrado a un hombre como Genoveva. En sus delirios...

JULIAN. *(Levantando la cabeza con súbita atención.)* ¿También ha delirado? ¿Mucho?

ALVAR. A raíz de la operación, puede decirse que a diario. Tu nombre sonaba en casi todos sus desvaríos. Y el tema siempre parecía el mismo: "Julián... querido... la verdad... todo... cuenta... cuenta." Palabras sin sentido.

JULIAN. Como las de todos los delirantes.

ALVAR. Eso le decía yo a mamá, cuando se afanaba por no perder ni una sola sílaba, como si hubiera querido descifrar no sé qué misterios. Siempre tiene que ver enigmas en las cosas más claras y corrientes. También hablaba Genoveva alguna vez de Marta...

JULIAN. *(Con la misma atención.)* ¿En sus delirios?

ALVAR. En los delirios y en sus estados de lucidez. Le extrañaba que nunca fuera a verla...

JULIAN. No podía dejar abandonada la casa estando ustedes ausentes. Francisca tiene ya muchos años para atender a todo...

ALVAR. ¡Quién lo duda! Eso mismo sostenía yo. Pero hazte cuenta de lo raros que se ponen los enfermos.

JULIAN. *(Después de un momento de vacilación.)* Además..., además..., Marta anda algo delicada de salud de un tiempo a esta parte, y le hubiera afectado mucho ver tan decaída a Genoveva.

ALVAR. ¿Algo serio?

JULIAN. Supongo que no... De todos modos, quizá le convenga un cambio de aires. No se puede vi-

vir impunemente tantos años entre estos montes...

ALVAR. En eso tienes razón. No sólo los pulmones han de renovar el aire; también la cabeza necesita alguna vez un cambio de horizontes, si no quiere enmohecerse. Ya hablaremos de esto más despacio.

JULIAN. Cuando usted guste. No creo que sea cosa de urgencia...

ESCENA II

Dichos, Matilde.

MATIL. *(Entra por la izquierda, tocada con mantilla y un libro de oraciones en la mano.)* ¿Insistes en no acompañarme, Alvaro?

ALVAR. ¡Que obstinación la tuya, Matilde! Ya conoces mis costumbres: sólo voy a la iglesia los domingos, las fiestas de guardar y los aniversarios de nuestros muertos. No puedes quejarte.

MATIL. Sí; los días que no tienes más remedio, por el buen parecer. ¡Empecatado liberalismo!... Pero nada perderías haciendo hoy una excepción, y viniendo conmigo a rezar unas oraciones por haber salido con bien nuestra hija.

ALVAR. Yo he rezado ya, Matilde, a mi modo. Recé en el momento de la operación y muchas veces durante todas aquellas semanas en que estuvo entre la vida y la muerte. Yo no sabría decirte cuáles eran las palabras de mis oraciones, que seguramente no están en tu devocionario; sólo recuerdo que mis súplicas eran algo inefable, por lo ferviente y conmovidas, y si es cierto que las congojas de las criaturas humanas llegan alguna vez a conocimiento de su Creador, yo estoy persuadido de que las mías llegaron y le movieron a misericordia. Déjame ser religioso a mi manera...

MATIL. ¡Qué recurso sino dejarte! Genio y figura... *(A Julián, con displicencia.)* A ti ni siquiera hay que preguntártelo. Quien no cumple con los

preceptos de ritual, menos se impondrá los voluntarios. ¡Hay que ser un hombre moderno! ¡Un materialista!

JULIAN. *(Sin levantar la cabeza.)* Ya sabe usted que hasta Dios quiere que se anteponga la obligación a la devoción...

MATIL. Eso decís los descreídos; pero hay obligación y obligaciones... *(Con intención.)* Si por lo menos cumplierais las más sagradas... Pero dejemos esto... Calculo que tampoco la otra tendrá mucho interés en venir.

ALVAR. Querrás decir Marta. ¡Siempre tan desabrida, Matilde! Deja que cada cual sea como es...

MATIL. Pero ¿no comprendes, Alvaro, que se ha de extrañar la gente de que sólo Genoveva y yo demos una prueba de piedad en un día como hoy?

ALVAR. Ya te he dicho que cada uno entiende la piedad a su modo. Juraría que ni la propia Genoveva tiene tanta prisa como tú para esa acción de gracias... Además, después del viaje de ayer estará muy fatigada. Hace poco dormía aún. Déjala descansar. Hay tiempo de sobra.

MATIL. No me perdonaría que yo me fuera sola; estoy segura. Debo avisarla.

JULIAN. *(Levantándose.)* No se moleste; yo subiré. *(Sale por la izquierda.)*

ESCENA III

Dichos, menos *Julián.*

ALVAR. ¡Cuánta precipitación innecesaria!

MATIL. *(Con rapidez, mirando a la puerta de la izquierda.)* Alvaro, tú no estás nunca en las cosas. Si el pueblo me ve sola, dirá que en esta casa no hay más que ingratos, o algo peor...

ALVAR. ¿Algo peor?

MATIL. Sí, algo peor. Si tú hubieras querido acompañarme, quizá Julián no hubiera tenido valor para resistirse, porque eres al único a quien respeta. Y tras Julián hubiera ido la otra, digo

Marta, para que no vuelvas a tomarlo a mal, porque ella le sigue en todo. Entonces el pueblo habría dicho que todos aquí se alegraban de la salvación de Genoveva. Mientras que de este modo...

ALVAR. ¡Qué suspicacia! Eres incorregible.

MATIL. Piensa mal, y acertarás, querido... No, no se engañará la gente si cree que no todos en esta casa han visto con buenos ojos la vuelta de nuestra hija... Pero debimos haber hecho todo lo posible por evitarlo; que estas cosas siempre dañan a nuestro buen nombre...

ALVAR. Pero ¿es posible que todavía sigas creyendo eso?... Veo que el descanso de la noche no ha podido disipar esas ideas descabelladas...

MATIL. ¡Descanso! Era ya el alba cuando pude pegar los ojos. Toda la noche no he hecho más que dar vueltas a mis pensamientos... Pero ¿es que tú estás tan ciego? ¿No observaste anoche la cara de aflicción con que Marta recibió a Genoveva? ¿Y le oíste alguna palabra de contento, notaste algún gesto de alegría? Yo, no; ni nadie...

ALVAR. Tampoco Genoveva estuvo muy efusiva con Marta; en eso sí me fijé. Me parece que volveremos a las andadas... En cambio, con Julián... Nunca la vi tan conmovida y cariñosa...

MATIL. Ella, sí; pero él... ¿Tampoco lo advertiste? Sus frases eran forzadas, y cuando sonreía se le notaba la violencia que tenía que hacer. Apenas habló ni cenó; ni un momento le quité la vista de encima. ¡Pero qué elocuente su silencio y su inapetencia!... Y ¿no le has visto ahora? Tan pálido, tan ensimismado, tan triste... A ése no le ha venido el sueño ni al alba... Y aunque él fué siempre madrugador, ¿concibes que estuviera ya sentado a esa mesa, en un día como hoy, que para él debiera ser de gran fiesta?

ALVAR. No hay que olvidar su carácter poco expansivo y muy trabajador. Hace poco le decía yo

que no hay para qué ser tan esclavo de las obligaciones materiales.

MATIL. Tú todo te lo explicas del modo más simple del mundo... No, querido. Créeme: no fueron sólo los quehaceres los que impidieron a Julián ir nada más que tres veces a la clínica, y ninguna Marta. Cuando anoche vi el recibimiento que hacían a Genoveva, me aseguré de lo que yo preveía. Lo peor va a ser cuando nuestra hija se dé cuenta de lo que está ocurriendo o de lo que ha ocurrido ya, ¡vete a saber!... Volverán los disgustos, y ella será la que más sufra las consecuencias. ¡Dios mío, si por lo menos no le repitiera la maldita enfermedad!...

ALVAR. No hay que verlo todo tan negro... Por cierto que Julián me ha sorprendido con una noticia. Me ha dicho que Marta anda flojilla de salud y que acaso le convenga un cambio de aires...

MATIL. *(Con vivacidad.)* ¿Te ha dicho eso? Sí que es para sorprenderse. ¡El, que antes hizo cuestión personal de que la muchacha no saliera de entre estas paredes!... ¿Tú qué te figuras?

ALVAR. Para decirte la verdad, no me figuro nada extraordinario. Marta necesita ver algo de mundo. Nada más natural. Ya está en edad de casarse, y aquí no hay más que gañanes. Ella se merece algo mejor... Yo no lo hubiera indicado nunca; al contrario: hubiera seguido oponiéndome a que se marchase por cuestiones caseras sin importancia, como en un tiempo queríais Genoveva y tú. Pero si ella está de acuerdo y Julián nada tiene en contra, como parece...

MATIL. ¡Gracias a Dios, Alvaro, que se te ocurre una cosa con sentido! Ya ves que siempre tienes que acabar dándome la razón.

ALVAR. No te hagas ilusiones, Matilde. Entonces no la teníais, porque si Marta no quería irse, no era justo obligarla. Así pensábamos Julián y yo. Ahora, por lo visto, han variado las cosas...

MATIL. *(Enigmática.)* ¡Y tanto que han debido variar, si mis presentimientos no me engañan!... Pero eso sólo probaría que también entonces tenía yo más razón que nadie...

ALVAR. ¿Qué quieres decir? ¿Qué presentimientos son ésos?

MATIL. ¡Chist! Ya vuelve Julián...

ESCENA IV

Dichos y Julián.

JULIAN. *(Entra por la izquierda.)* Genoveva se siente perezosa. Que la excuse usted de no acompañarla hoy. Dice que mañana, cualquier otro día...

ALVAR. ¿Qué te dije yo?

MATIL. ¡Jesús, qué descastados y réprobos sois todos! Se os han metido los demonios de la impiedad en el cuerpo. ¡Bueno estáis poniendo el mundo con vuestro condenado liberalismo!... Pasaré por la vergüenza de ir sola. ¡Qué indiferencia, Dios mío!... *(Se dirige a la puerta de la derecha.)*

ALVAR. *(Cogiendo la escopeta y echándosela al hombro.)* Te acompañaré hasta el atrio, y luego bajaré al río a ver si mato algún ánade... Vete andando, mientras suelto los perros... *(Sale Matilde por la derecha.)* De paso veré la presa, Julián.

JULIAN. Tenga cuidado, si va por los bordes, que son muy estrechos, y el agua está muy alta.

ALVAR. Descuida... *(Sale Alvaro por la derecha. Julián se acerca a la ventana y los mira alejarse.)*

ESCENA V

Julián y Marta.

MART. *(Asomándose por la puerta de la izquierda.)* ¿Se fueron ya?

JULIAN. Ahora mismo. Entra.

MART. Los minutos se me hacían siglos... ¿Va también Genoveva?

JULIAN. No; le he dicho que se quede, que tenemos que hablar... Bajará pronto.

MART. *(Ansiosamente.)* Pero ¿no lo sabe ya? ¿No se lo dijiste anoche?

JULIAN. A medias nada más... Pero yo creo que ella lo adivina todo.

MART. Y yo que esperaba que lo hubieseis hablado a solas y decidido lo que había que hacer...

JULIAN. Eso es cosa resuelta, Marta. Dentro de dos o tres meses, cuando ya no se pueda disimular, o antes, si lo prefieres, te irás con cualquier pretexto. Ya le he indicado a padre que te conviene salir de aquí por una temporada, y él está conforme...

MART. Pero si me marcho, estoy convencida de que no se me abrirán nunca más las puertas de esta casa... ¡Y qué sería de mí! No podría sufrirlo... A veces me entra una desesperación tan grande...

JULIAN. Sí, volverás, Marta: cuando haya pasado todo. Nadie sabrá nada, fuera de Genoveva.

MART. Desengáñate, lo sabrá todo el mundo. Estas cosas no se ocultan fácilmente... Y antes que nadie, lo sabrá ella, la madrastra. Sus ojos lo ven todo. Ya anoche, cuando llegó, me dijo, mirándome de pies a cabeza y luego fijamente en los ojos: "¡Qué demacrada estás! ¡Mal te ha sentado nuestra ausencia!"... No tienes idea del retintín que había en sus palabras...

JULIAN. Pues aunque se enterase todo el mundo, sería igual. Tú volverás, Marta; yo te lo aseguro. ¡Lo quiero yo! *(Acercándose a ella y acariciándola.)* Tranquilízate.

MART. Fías demasiado en tus fuerzas. Ya sé que son muy grandes; pero se opondrán todos, y mi madrastra la primera.

JULIAN. No lo creas. Ya ves cómo transigió al recogerte tu padre. También ahora tendrá que pasar

por esto. Y con tu padre no hay cuestión: siempre fué hombre comprensivo...

MART. Pero Genoveva... Anoche la encontré fría y desdeñosa, como en otros tiempos. "¿Lo has pasado bien, hija?", me dijo, mirándome de arriba abajo, como su madre. Sus ojos se me clavaron como dos cuchillos. Y como yo bajara la cabeza sin saber qué contestar, todavía dijo, al volverme la espalda: "¡Vaya, me alegro de que no me hayas echado de menos!"

JULIAN. Es que hiciste mal en no visitarla. Estará algo resentida...

MART. ¡No podía, Julián, no podía! Me lo hubiera conocido en los ojos. Además, además...

JULIAN. ¿Qué?

MART. *(Cubriéndose el rostro.)* ¡Dios me perdone este horrible pensamiento! Yo no sé si deseaba que se salvase o que se... ¡No, no; no quiero decirlo! ¡Soy una criminal, sí, una criminal! Y no de ahora sólo, no... ¡Cómo esperé siempre que su enfermedad me devolviera lo que su pasión me había robado! Recuerda que ella misma lo reconoció la última noche... Es verdad que cuando cambió, creí que había llegado a perdonarla y quererla. Pero ¡cómo he esperado también todo este tiempo, después de lo ocurrido! Por eso no fuí a verla. Temía que ahora no pudiera ocultar lo uno ni lo otro; que leyera dentro de mi cuerpo y dentro de mi alma como en un libro abierto... ¿Verdad que soy una miserable y que me desprecias, Julián?... Pero no podía callártelo más tiempo...

JULIAN. *(Bajando la cabeza.)* No sé si tengo derecho a juzgarte. Tampoco mi conciencia está clara ni tranquila. Acaso yo tampoco fuí más veces con mi cuenta y razón... Cuando estaba ante ella, en el sanatorio, tenía la impresión de que comparecía ante un juez que al mismo tiempo era la víctima deseada... Mejor no hablar de esto, Marta... Si uno de nosotros es culpable,

soy yo, sólo yo. Me cegó la impaciencia. Yo precipité los acontecimientos...

MART. No digas eso, Julián. ¡Yo soy la mala, yo sola! ¡Debí haber sido más fuerte!

JULIAN. No, no. Todo viene de mí. Primero fuí débil en casarme con Genoveva. El brillo que todavía le quedaba a esta casa deslumbró mi pobreza y la humildad de mi cuna. ¡Aquello sí que fué un crimen, y tú, la víctima! Luego he abusado de tu abnegación... Pero lo hecho, hecho está. Hay que seguir adelante. Yo te defenderé contra todo y contra todos, ahora más unidos que nunca por esta complicidad moral que nos hemos confesado y por aquel cariño de juventud que ha vuelto a encadenarnos para siempre con una nueva vida...

MART. ¡Cómo me alivia oírte! A veces me siento tan desesperada, cuando pienso que pudieras abandonarme... Otras me digo que lo mejor sería marcharnos los dos a América o a cualquier rincón del mundo, donde no nos conozca nadie y donde no tengamos que avergonzarnos de nada...

JULIAN. ¿Para qué? Es soñar en lo imposible. Nuestros intereses están aquí. No es fácil empezar una vida dos veces...

MART. Yo empezaría contigo cincuenta vidas e iría al fin del universo.

JULIAN. Es que no te haces cargo de las responsabilidades de un hombre. Sobre todo, ahora que no seremos solos... No insistas, Marta. Ademas, no sería necesario.

MART. Claro que tú dispones. Pero créeme, aunque te impusieras a todos los demás, Genoveva no se dejará convencer. No querrá que yo vuelva a esta casa; como si lo viera...

JULIAN. Está obligada. Ella tiene más culpa que nadie. Ella fué quitando las barreras que tu resignación y mi respeto habían levantado entre nosotros dos. Ella abrió nuestros brazos y nos

arrojó en ellos... Tendrá que aceptar los resultados de su obra.

MART. ¡Dios te oiga! Ya tiemblo por saberlo. Ya que tú no quieres dejar esta casa—bien lo comprendo—, no sé lo que sería de mí si tuviera que irme sola.

ESCENA VI

Dichos y Genoveva.

GENOV. *(Desde dentro.)* ¡Julián ¿Dónde estás?

JULIAN. Ahí viene. Ten confianza en mí.

GENOV. *(Aparece en la puerta de la izquierda; pálida aún, con huellas del reciente sufrimiento, pero enérgica y dominadora como en el primer acto.)* ¡Ah! Está aquí también Marta... *(Mordaz.)* ¿Os interrumpo?... Por lo visto, no habéis tenido tiempo de decíroslo todo en mi ausencia. Y eso que no lo perdisteis mucho en visitarme...

JULIAN. Dejémonos de indirectas poco piadosas. Te esperábamos, Genoveva. Entre nosotros dos está ya dicho todo. Es a ti a quien tenemos que decirte algo grave... Debes saberlo, porque eres nuestra cómplice, y conviene ir de acuerdo hasta el final.

GENOV. *(Con fingido asombro.)* ¿Yo cómplice? ¿Algo grave?... No sospecho...

JULIAN. No te hagas la desentendida. Demasiado comprendes a qué me refiero. Anoche te indiqué algo. Estabas cansada y te dije que hoy lo hablaríamos todo, serenamente, entre los tres. Pero estoy seguro de que adivinaste lo que había en mis medias palabras...

GENOV. ¿Quieres decir que Marta...? ¡Acabáramos, hombre!... ¡Claro que lo supuse en seguida! Pero no era menester que me lo confesarais ahora. ¡Si me lo revelaste tú la última vez que estuviste en el sanatorio, hace quince días! Cuando te pregunté por Marta, me dijiste que estaba bien, pero bajaste los ojos para hurtar los

míos, y tu voz era tan débil y balbuciente, que en aquel momento lo adiviné todo... *(Acercándose a Marta, que baja la cabeza.)* Pero hablabas de no sé qué gravedad, y ésta no tiene tan mal semblante...

JULIAN. Me refería a otra cosa. Harto debes entenderlo. Marta no puede seguir aquí.

GENOV. ¡Quién lo duda!

JULIAN. Se irá dentro de dos o tres meses, con una excusa cualquiera...

GENOV. Me parece esperar demasiado. Yo creo que sería mejor en seguida...

JULIAN. Eso es lo de menos. Tiempo queda de pensarlo. Hay algo más importante...

GENOV. Soy toda oídos.

JULIAN. Probablemente irá a la capital, a una casa de confianza...

GENOV. Es una solución acertada. Allí hay buenos servicios...

JULIAN. Pasará el tiempo...

GENOV. Por desgracia. Todavía no se ha inventado el modo de detenerlo...

JULIAN. Y luego, cuando todo haya pasado...

GENOV. Sí. ¿Luego...?

JULIAN. Ya puedes imaginártelo...

GENOV. No acierto...

JULIAN. Lo natural: que Marta volverá a casa...

GENOV. No sé si he oído bien...

JULIAN. Que Marta volverá a casa. Creo que está claro.

GENOV. *(Que de pie, apoyada contra la mesa, ha estado dominando su emoción, sólo expresada en un movimiento nervioso de los dedos sobre el borde de la madera.)* ¡Clarísimo! Pero yo también seré clarísima. Esta mujer saldrá inmediatamente de esta casa y no volverá a pisarla más. ¡Ahora sí que va de veras! ¿Verdad que también está esto claro?

MART. ¡Ya te lo dije, Julián!

JULIAN. Ya hablarás, Marta... Déjame ahora a mí... No perdamos los estribos... Tú no puedes pensar eso, Genoveva.

GENOV. ¿Pensarlo? Es poco decir... ¡Lo siento, lo vivo con todo mi ser, con todo mi cuerpo y con toda mi alma! ¡Marta se irá para siempre!

JULIAN. No tienes derecho...

GENOV. ¿Que no tengo derecho a arrojar de mi casa a quien ha abusado de la hospitalidad que aquí disfrutaba? ¡Eso faltaría!

JULIAN. Si nosotros obramos mal, tú nos instigaste, tú fuiste la tentación...

MART. ¡No lo sabes bien, Julián!

GENOV. ¡No ha de saberlo! No lo creas tan tonto. Di que mientras yo descubría lo que ocultaba tu alma y te empujaba suavemente por el camino de tus deseos, él fingía no ver nada para que nosotras dos se lo diéramos todo hecho, y a él no le inquietara la conciencia... ¡Perdona que te lo diga, pero siempre pecaste de un poco calculador!

JULIAN. ¡Para hipocresía y cálculo, los tuyos! Nadie te gana a eso... Si no es por tu estudiada y falsa abnegación—¡qué claro lo veo todo ahora!—, nada hubiera ocurrido...

GENOV. ¡Qué fácil es hacer responsables de nuestros actos a los demás, y qué difícil justificarlo! Si sólo a ellos se oyera, habría que creer que hasta los más criminales son la inocencia misma. Nadie quiere reconocer sus culpas. Es muy cómodo... Que yo fuí la tentación, la serpiente; pero ¿os hubiera hecho pecar si la idea del pecado no hubiera estado ya en vosotros? No hay fuego que haga arder al agua...

JULIAN. Pero el fuego puede evaporarla y hacerla su instrumento... Sé justa, Genoveva. Tú volviste a inflamar lo que ya estaba apagado...

GENOV. Yo sólo removí la brasa y quité la ceniza que la cubría. No se incendia lo que ya ardido ni lo que no puede arder... Marta me lo declaró todo: que siempre te había querido con locura. Tú quizá no te atrevías a confesártelo ni a ti mismo; pero allá en el fondo de tu corazón sentías como ella. En lo más oculto de vuestras

conciencias nunca perdisteis la esperanza de perteneceros algún día. Vuestra ruptura no fué una renuncia, sino un aplazamiento...

JULIAN. ¿Qué quieres decir? ¿Qué aplazamiento?...

GENOV. Me veíais con poca vida y aplazasteis vuestro deseo hasta que tú quedaras libre.

JULIAN. Desvarías, Genoveva. Además, nadie tiene derecho a interpretar a capricho las intenciones del prójimo.

GENOV. ¡Derecho, derecho! No se te cae esa palabra de la boca. Como si las palabras pudieran sustituir la realidad. Pero no vale engañarnos. Hoy las palabras han de servir para sacar todo lo que hay en el fondo de nuestras almas, no para disfrazarlo, como tantas veces...

JULIAN. Siempre que sean justas...

GENOV. Lo son las mías, lo son, y tú lo sabes, Julián... Os disteis un plazo, acaso no lo hablasteis nunca; pero lo convenisteis en lo más íntimo de vuestros pensamientos...

JULIAN. ¡Para qué discutir! Te oiremos cuantas enormidades se te ocurran... *(Con forzada ironía.)* Paciencia, Marta... *(A Genoveva, en el mismo tono.)* Sigue...

GENOV. Eso es todo. Lo demás se cae de su peso... Cuando se ha sentido y pensado así, no se puede echar la culpa a nadie ni hablar del derecho de ésa a volver a esta casa...

JULIAN. Pero ¿negarás que tú hiciste todo lo posible por cancelar eso que llamas nuestro plazo? ¿Has olvidado la obra de sugestión que ejerciste sobre Marta en las semanas que precedieron a tu viaje? ¿Has olvidado que echaste a Marta en mis brazos la víspera de tu marcha? ¿Has olvidado la conversación que aquella misma noche sostuviste con ella para obligarla a ceder?... No me dejarás mentir, Marta; más tarde tú me lo contaste todo.

MART. ¡Nada más cierto!

JULIAN. ¿Has olvidado todo eso?

GENOV. Yo no olvido nada.

JULIAN. Entonces no negarás que fuiste nuestra cómplice, como antes te dije...

GENOV. Sólo precipité vuestro plazo, como tú has dicho antes...

JULIAN. Y ¿por qué quisiste precipitarlo?

GENOV. Eso fué también culpa tuya...

JULIAN. Todo es culpa mía, por lo visto.

GENOV. Tú te opusiste a que Marta se fuese de casa por las buenas.

JULIAN. Porque era una injusticia.

GENOV. Y ¿era justo que yo me consumiese viendo que otra mujer se alzaba entre nosotros dos y me impedía ganarte del todo? ¿Por qué no buscaba su felicidad en otra parte, dejándonos encontrar la nuestra? El mundo era ancho... Cuando me convencí de que mi dolor no hallaba eco y de que nada conseguiría de frente, entonces...

JULIAN. Entonces pensaste la infamia de acelerar el plazo... ¡Alma generosa!

MART. ¡Cómo jugaste conmigo!

JULIAN. ¡Con nosotros!

GENOV. No sólo con vosotros. ¡Y con mi vida!... *(A Julián.)* Lo has juzgado como infamia. Te equivocas. Fué sólo un juego desesperado de vida o muerte... *(A Marta.)* Tú misma lo llamaste juego — ¡lo comprendiste! — la víspera de mi marcha... Si yo moría, nada perdíais y lo ganabais todo. Si sobrevivía a la operación, yo tendría por rodeo lo que no quisisteis por derechas. El juego ha sido leal, y tú lo has perdido, Marta. Echad la culpa a la suerte, que no quiso llevarme...

MART. *(En un impulso de suprema defensa.)* ¡Que no quiso llevarte!... ¡Lástima!... ¡Ahora habría un monstruo menos en el mundo!...

JULIAN. ¡Marta!

MART. ¡Ya no puedo callar más tiempo! ¡Bastante he callado!... ¡Cómo comprendo ahora toda tu maldad, cuando me engañaste con un afecto que no sentías, para manejarme mejor a tu ca-

pricho, cuando me arrojaste a la desgracia, diciendo que era mi felicidad y la de ese hombre y la de todos los que quedaban en esta casa!

GENOV. ¡Pudo haberlo sido!

MART. ¡Pudo!... ¡Falsa! Demasiado sabías tú que saldrías bien de la operación.

GENOV. Nadie podía saberlo. Cerca de tres meses he estado a la muerte, y con seguridad tú estabas mejor informada que nadie, aunque nunca te atreviste a hacerlo personalmente...

MART. ¡Mentira, todo mentira! Mentiste cuando contaste aquello de que habías consultado sola a otro médico; mentiste cuando nos hacías creer tu gravedad; mentiste en la convalecencia; mientes ahora, al decir que yo te espiaba desde lejos... ¡Has mentido siempre, siempre, siempre!... Sólo en una cosa eres sincera: cuando declaras que no tienes otro deseo que perderme...

GENOV. Yo no he dicho nada de eso...

MART. ¡Pero lo piensas y lo dicen tus obras! Cerrarme esta casa es lo mismo que perderme...

GENOV. Yo no quiero perderte. Me basta con alejarte de mi camino. Que cada cual siga el suyo...

JULIAN. Eso se dice fácilmente, Genoveva. Harto comprendes que para una mujer sola, en la situación de Marta, están cerrados todos los caminos, menos el de su casa...

GENOV. No faltará quien la recoja...

MART. ¡Mientes todavía!... ¡Como si no supieras que nadie puede recogerme, fuera de vosotros!

GENOV. Te equivocas otra vez... Para que veas que no soy el monstruo que te figuras. Antes de marcharme pensé en tu porvenir y tanteé a un hombre...

MART. ¡Habla!... ¿A que es Domingo?

GENOV. Tú lo has dicho. Sé que está dispuesto a tomarte en matrimonio.

MART. ¡Lo adiviné en seguida!... ¡Claro! ¡Ahora recuerdo!... Hablasteis aquella noche que vino a verte. ¡Era para eso!... ¡Qué gran alma la tu-

ya! No querías dejarme en el arroyo. Ya entonces pensaste en mi porvenir... ¡Gracias! ¡Muchas gracias!...

GENOV. Ya ves que no falta quien quiera recogerte...

MART. ¡Antes me recogerá la muerte!... Sí; la prefiero a ese hombre aborrecido, que fué la carcoma de esta casa, y con tal de volver a ella, ahora que hay más que roer, pasaría por todo. Esa conformidad desvergonzada me le hace más odioso. Yo sería para él la puerta falsa por donde poder entrar de nuevo en esta finca y concluir de comérsela, después de echaros a todos. ¡Tú serías la primera víctima, Julián!... ¡No, no! No sé qué me repugna más: si el hombre lleno de años y bajos apetitos, o sus rastreras intenciones y tu complicidad. ¡No, no! Todo antes que eso.

GENOV. Di que no es tanto el odio a Domingo como el cariño a Julián lo que te impide aceptarle...

MART. ¡Pues sí! ¡Ya que lo quieres, óyelo! ¡Julián es mío, porque siempre le quise y él me ha querido siempre y porque nuestro cariño no será estéril como el tuyo! ¡Julián será siempre mío, porque no podrás quitármelo con todos tus derechos, tus astucias, tus escudos y tus riquezas! ¡Siempre mío, mío, mío!... *(Se abraza a Julián, que hace un ligero movimiento de desvío.)*

GENOV. *(Apartándola con violencia.)* ¡Quita de ahí, mala mujer! ¡¡No toques lo que no es tuyo!! ¡Qué te figurabas!... Creíste que no había más que esperar astutamente. Pero al fin te perdió la impaciencia. Que todo te lo daría el tiempo. Pero el tiempo te ha burlado. ¡Anda! ¡Sal de aquí para siempre! *(La empuja hacia la izquierda.)* ¡Nada de lo que aquí hay es tuyo! ¡No tienes que llevarte otra cosa que tu vergüenza!

JULIAN. ¡Calmaos, calmaos!... ¡Volved en vuestro juicio! ¡Estáis locas!

MART. *(En el umbral de la puerta de la izquierda.)*

¿No me sigues, Julián?... ¡Pruébale que sólo a mí me quieres!

GENOV. ¡¡Qué ha de quererte ya!... ¡Aunque él creyera otra cosa, aquello fué sólo un capricho del momento!... Ya no tiene por qué marcharse.

MART. ¡Mientes, mientes! ¡Me quiere a mí, a mí sola!... ¡Vámonos, Julián!

JULIAN. Pero ¿también queréis volverme loco? ¿Cómo es posible perder la cabeza de este modo?

MART. *(Con angustia.)* ¿No vienes, Julián?

JULIAN. Espera... ¡Serenaos! Os lo suplico...

GENOV. *(Triunfante a Marta.)* ¡Ya lo estás viendo!

MART. (*Con creciente angustia.*) ¡Me abandona!...

JULIAN. ¡Quién habla de abandono! Pero deja que nos entendamos. Pongámonos todos en razón...

MART. (*Con creciente angustia.*) ¡Ma abandona!...

JULIAN. ¡Otra vez!... Si no quieres oírme, déjame, por lo menos, que hable un instante con Genoveva y la convenza de su injusticia. Estas cuestiones son demasiado graves para que puedan resolverse así de golpe en un minuto de locura...

MART. *(Con viva amargura.)* ¡Quién me lo hubiera dicho! ¡También él me deja sola, sola en el mundo!... ¡La prefiere!... *(Sale. Ya fuera de puerta, alejándose, con supremo acento de desesperación.)* ¡Me abandona, me abandona!...

JULIAN. ¡Pero oye, Marta, Marta!

GENOV. ¡Déjala! ¡Hablemos!

ESCENA VII

Julián y *Genoveva.*

JULIAN. *(Se ha acercado a la puerta de la izquierda, vacilando por un momento entre salir o quedarse. Luego vuelve al centro de la escena.)* ¡Habrá obstinación! ¡Querer resolverlo todo en un momento de arrebato! Estoy seguro de que ahora, a solas conmigo, te darás cuenta de que la discusión te ha llevado más lejos de tus intenciones...

GENOV. No tengo que retirar una palabra ni retroceder un paso.

JULIAN. Recapacita, Genoveva... El destino de Marta no te puede ser indiferente...

GENOV. Tienes razón: no me lo es. Por eso pensé en Domingo...

JULIAN. Ya has visto que a Marta le es odioso ese hombre. Sólo quedan dos soluciones: que vuelva a casa cuando haya pasado todo...

GENOV. Pero ¿no te has persuadido de que eso es imposible?

JULIAN. Entonces es que deseas el mal de Marta...

GENOV. No, no. No lo deseo. No sé cómo explicarme... La quiero cuando no está contigo, y la detesto cerca de ti. ¡No puedo remediarlo!

JULIAN. ¡Bah! Argucias de una conciencia intranquila... Créeme: si Marta te inspirase la menor piedad, no la obligarías a echar por un camino desgraciado...

GENOV. Sólo piensas en ella... ¿Y yo? Paso por el escándalo con que todo el mundo vería su vuelta y por la humillación que yo sufriría ante todos... ¿Pero en casa? Si antes era una sombra tímida, ahora sería un cuerpo dominante. Querría tener tantos derechos como yo. ¡Qué digo! Muchos más derechos. Ella sería la verdadera mujer; yo, la amiga del segundo término... ¡No, no, Julián!... Te quiero demasiado para eso, y además mi propia estimación me lo impediría.

JULIAN. Entonces sólo queda la otra solución... Yo no puedo dejar en el arroyo a esa mujer. Se ha confiado a mí, soy responsable de su suerte y de la del ser que lleva en sus entrañas. Si me obligas a elegir...

GENOV. *(Con dolorosa vacilación.)* Yo no te obligo, Julián. Tú debes elegir libremente.

JULIAN. ¡Reflexiona a lo que nos exponemos todos!...

GENOV. Aunque otra vez tuviera que arriesgar mi vida, preferiría que ella te me llevase a tener que compartirte.

JULIAN. Pero ten presente que yo no puedo escoger con toda libertad. Estoy vinculado a esta casa...

GENOV. ¿Sólo a 'a casa?... ¿Nunca seré nada, nada para ti, Julián?

JULIAN. También, Genoveva... También me ata tu atormentado cariño. Sólo quisiera que todos fueseis dichosos.

GENOV. Cien veces te lo he dicho: yo no podría serlo nunca, Julián. Hay cosas que están por encima de todo.

JULIAN. Veo que no te abandona la ofuscación. Concluyamos. Si hoy he hablado de esto, fué porque Marta lo quiso, y yo deseaba tranquilizarla... Espero que el tiempo, la piedad y la razón te harán cambiar de pensamiento. *(Con pasión.)* Pero una cosa te advierto: ¡esa mujer es sagrada para mí, y de su suerte sólo tú serás responsable, sólo tú!... ¡No lo olvides!... *(Sale por la izquierda.)*

ESCENA VIII

Genoveva y *Francisca.*

GENOV. *(Acercándose nerviosamente a la primera puerta de la izquierda.)*—¡Francisca, Francisca!...

FRANC. *(Apareciendo por el mismo lugar.)* ¿Querías algo?

GENOV. No; nada... No sé qué me da quedarme sola... De tan grande que es, la casa se me figura que está vacía y me asusta un poco... Ya ves que niñería... ¿Ha vuelto mamá?

FRANC. Todavía no. A sus oraciones les pasa lo que a la cerezas: que se enredan y no acaban...

GENOV. Y papá, ¿se levantó?

FRANC. ¡Anda, el tiempo que hace!... Casi con los gallos. Salió con la escopeta; pero con la poca vista que le va quedando, como no tropiece con otro cazador y cobre algo a tanto la pieza... *(Restriega el índice y el pugar.)*

GENOV. *(En el mismo tono.)* ¡Te callarás, murmurado-

ra! No te consiento que chancees a costa de mis padres...

FRANC. ¡Que el diablo me lleve si hoy no puedo faltarles al respeto a todos los padres que ha habido desde Adán y Eva! ¡Un día como éste!... Si me parece un sueño que estés otra vez en casa...

GENOV. ¿Verdad que sí?... *(Asomándose a la ventana.)* ¡Cuánto tardan!... Y dime: ¿no ha venido a preguntar nadie por mí?

FRANC. ¡Vaya si ha venido! Antes faltaría a su entierro... Después del recibimiento que le hiciste de despedida...

GENOV. ¿De quién hablas?

FRANC. ¿De quién ha de ser? De ese zángano de Domingo.

GENOV. *(Con un gesto de repulsa.)* ¡No! ¡Hoy no quiero verle! (*Se vuelve a asomar a la ventana.*)

FRAN. ¡Cómo si hiciera falta decírmelo! Con cajas destempladas le despaché. Que todavía descansabas, y que volviera más tarde u otro día...

GENOV. Oye, Francisca... ¿Has visto hoy a Marta?

FRANC. Esta mañana, a primera hora, y hace un rato que salió de casa a toda prisa.

GENOV. (*Con emoción.*) ¿Que salió de casa? ¿De prisa?

FRANC. Como si la esperara alguien y fuera con retraso... No sé... Está muy rara últimamente. Siempre muy metida en sí; pero de un tiempo a esta parte la encuentro más triste y callada que nunca. A veces me da cuidado...

GENOV. *(Llevando la mano al corazón, con agitación creciente.)* No sé qué siento, Francisca...

FRANC. Te has asustado... ¡Qué niña eres! No creas que lo de Marta sea como para alarmarse...

GENOV. ¡Tú no sabes, Francisca, tú no sabes!... ¿Adónde puede haber ido? Ahora no hay ningún tren... Tampoco solía salir a estas horas. Y ¿has dicho que iba de prisa? ¿Le viste la cara?

FRANC. Salió sin que yo la sintiera. Cuando me asomé a la ventana, estaba ya cerca del postigo del jardín. Pero ¿a qué este apuro? Ella sabía que

tu madre está en la iglesia. Allí habrá ido.

GENOV. *(Con deseo de convencerse.)* ¡Tienes razón! ¡Claro! ¿Cómo no se me había ocurrido?... Estará en la iglesia... Seguramente... No puede ser otra cosa. *(Asomándose a la ventana.)* Si volvieran ya... No viene nadie... Pero quién sabe si ha entrado por el portón, mientras hablábamos. Acaso esté arriba... Corre a su cuarto, Francisca, a ver si ha vuelto. Y si no está, vete de un salto a la iglesia... ¡No te detengas, ama!

FRANC. Ya voy, ya voy... Me das miedo... Estos apuros...

GENOV. ¡Anda ya, volando! ¡Tú no sabes!...

ESCENA IX

Dichos y *Julián.*

JULIAN. *(Entra en el momento que va a salir Francisca por la primera puerta de la izquierda. Con viva agitación.)* ¡Marta! * ¿Dónde está Marta?

GENOV. Dice Francisca que la vió salir hacia el pueblo.

JULIAN. *(A Francisca.)* ¿Cuándo?

FRANC. Hace un rato, por el postigo...

JULIAN. *(Dirigiéndose a la puerta de la derecha.)* ¿Adónde, adónde? ¿Quizá...? ¡Sería horrible! ¡Dios quiera que no sea tarde!... ¡Tu obra, Genoveva! *(Sale rápidamente.)*

ESCENA X

Genoveva y *Francisca.*

GENOV. *(A Francisca, que hace ademán de seguirle.)* ¡No, Francisca, no me dejes sola!...

FRANC. ¿Qué ocurre, niña? No comprendo...

GENOV. *(Acercándose a la ventana y mirando ávidamente.)* No me preguntes, ama. Es muy largo de decir... ¡Cómo corre Julián!... ¡Mira!...

FRANC. *(Acercándose.)* Pero no le habrá pasado nada a Marta... ¿No crees que estará en la iglesia?

GENOV. No sé... Acaso ha tomado por la carretera... Sí, sí; seguramente.

FRANC. Pero ¿se va?... Dime algo...

GENOV. ¡No puedo ahora, ama, no puedo! Otro día te lo contaré. ¡Qué amarga historia!... No es como aquellas que tú me contabas siendo yo niña. ¡Si una pudiera volver a aquellos años!... (*Se lleva el pañuelo a los ojos.*)

FRANC. ¡Siempre penando! Acabas de salir de las uñas de la muerte, y tampoco hay alegría en tu corazón.

GENOV. *(Sin apartarse de la ventana.)* ¡Si me hubiera llevado!... ¡Mejor que esta vida!... *(Breve pausa.)* Pero ¿no ves?... ¡Abren el postigo! ¡Ya vuelven!...

FRANC. Entra gente... ¡Traen a alguien en brazos!...

GENOV. *(Con un grito de horror, separándose de la ventana y cubriéndose el rostro con las manos.)* ¡Ah! ¡Es ella! ¡Ella!... ¡Antes me lo dijo el corazón!...

FRANC. Sí; debe ser Marta... ¡Corro a su lado!...

GENOV. *(Sujetándola.)* ¡No me dejes, no me dejes!... *(Sin atreverse a acercarse a la ventana.)* ¡Mira tú, Francisca!... ¡Fíjate bien!... ¡En su cara!

FRANC. No puedo verla desde aquí... Un hombre la tiene en brazos; otro, por los pies... Sigue mucha gente detrás. Veo al médico, a Domingo... Tu padre sostiene a tu madre con una mano y con la otra se lleva el pañuelo a los ojos...

GENOV. ¡La traen muerta! ...

FRANC. *(Inclinando la vista a su derecha.)* ¡Ya llegan al portón!... ¡Ahora veo a Julián ¡Qué fijamente la mira!...

GENOV. ¡Está muerta, muerta!...

FRANC. *(Retirándose de la ventana y aproximándose a la puerta de la izquierda en actitud de escuchar.)* ¡Ya han entrado!... ¡Nadie habla!... Se oyen sollozos. *(Pausa.)* ¡Alguien viene!

GENOV. *(Con profundo terror.)* ¡Acércate, Francisca, defiéndeme!... *(Se aproxima Francisca. Genoveva busca escudo en su cuerpo y mira con ojos desencajados a la puerta.)*

ESCENA XI

Dichas y *Julián.*

JULIAN. *(Entra por la primera puerta de la izquierda y se dirige a Genoveva con expresión vesánica.)* ¡Tu rodeo! ¡Tu rodeo! ¿Sabes adónde ha ido a dar tu rodeo? ¡A la presa! De allí acaban de sacar a Marta, sin vida. ¡Se arrojó empujada por ti! ¡Tú la has matado, tú! ¡Nadie más que tú!... ¡Tú asesinaste a mi hijo, sola tú, sola tú!... ¿Entiendes? ¡Mi hijo! ¡Mi ilusión, mi orgullo! ¡Sola tú!

GENOV. ¡Yo no he sido sola, Julián! ¡La culpa es de todos!

JULIAN. ¡Sola tú! ¡Sola tú!... ¡Te lo dije! ¡Tú sola serías responsable de lo que ocurriera!... *(Empuña un revólver.)*

GENOV. ¡La culpa es de todos, de todos!...

JULIAN. *(La persigue.)* ¡Tuya, sólo tuya!... *(Dispara sobre Genoveva, que se deja caer en el diván.)*

FRANC. *(Cogiéndose la cabeza.)* ¡Ay! ¡La ha matado! ¡Socorro! ¡Socorro!

JULIAN. *(Dejando caer al suelo el revólver.)* ¡Justicia!

ESCENA XII

Dichos, Alvaro, Matilde, Céspedes, Domingo, Hombres del pueblo. Entran precipitadamente.

MATIL. *(Entra.)* ¡Hija mía, hija mía!... *(Se arroja sobre el cuerpo de Genoveva. Céspedes reconoce rápidamente a Genoveva. Varios hombres del pueblo se agolpan a la puerta. Alvaro se acerca a Céspedes y le interroga con los ojos.)*

CESP. *(Con un gesto de desesperanza, en voz baja.)* ¡Se le va la vida!...

ALVAR. *(Volviéndose a Julián.)* ¡Asesino!

MATIL. *(Débilmente.)* ¡Siempre lo presentí! ¡Mi hija única! *(Llora amargamente.)*

ALVAR. ¡Perder así a las dos!

FRANC. *(Llorando.)* ¡Pobre niña, pobre niña!

GENOV. *(Reaccionando por un momento, con voz débil y jadeante.)* De nadie es la culpa, y de todos... Había de suceder... Ahora se ve claro... El rodeo iba a la muerte... Perdóname, Julián... Yo también te perdono... La muerte es dulce, porque viene de ti... Perdonadme todos... *(Levanta levemente la cabeza y eleva los ojos al cielo.)* ¡Y perdóname también tú, Marta! La vida nos separó... Para siempre va a unirnos la muerte. *(Cae pesadamente, muerta. Julián rompe a sollozar. Luego, con ojos de extravío, mira en torno. Ve el revólver en el suelo, se abalanza sobre él, lo recoge y sale rápidamente por la puerta de la derecha.)*

CESP. *(A Domingo, que ha hecho ademán de detenerle.)* ¡Déjale! La justicia tiene muchos caminos...

TELON RAPIDO



Imp. Artística Sáez Hermanos.
Norte, 21. Telf. 16244. Madrid.